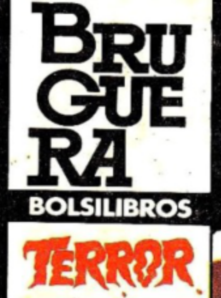


Selección TERROR

Joseph Berna

EXCURSION AL INFIERNO


ft
SELECCION
TERROR

¡EXCURSION AL INFIERNO!

JOSEPH BERNA

Colección SELECCION TERROR n° 538 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

1. 533 — *La tarántula asesina,* Joseph Berna.
2. 534 — *La danza de los esqueletos,* Ada Coretti.
3. 535 — ... *Y surgieron de la niebla,* Ralph Barby.
4. 536 — *Satán y su familia,* Clark Carrados.
5. 537 — *Olvidados,* Ralph Barby.

ISBN 84-02-02506 4 Depósito legal: B. 13.875-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1. 1. a edición: junio, 1983
2. 2. * edición en América: diciembre, 1983



Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N 152, Km 21.650) Barcelona - 1983

CAPITULO PRIMERO

El moderno autobús circulaba por las calles de Londres, en dirección al hotel Price, en donde debía recoger al grupo de turistas que deseaban conocer Birmingham, Manchester, Liverpool, y algunas otras ciudades y lugares interesantes de Inglaterra.

Una excursión que iba a durar exactamente siete días.

El clima era muy bueno, pues corrían los últimos días del mes de junio. Se había entrado, por tanto, en el verano, y la temperatura era excelente.

Trevor Buckley, el conductor del autobús, contaba veintinueve años de edad. Era un tipo alto, fuerte, vigoroso. Tenía el pelo oscuro y las facciones correctas.

Vestía un pantalón claro y una camisa azul, de manga corta, en cuyo bolsillo podía leerse: «London Travel».

Era la agencia de viajes propietaria del autobús.

Trevor llevaba casi cuatro años trabajando para ella, y la verdad es que no tenía ninguna queja. Le pagaban un buen sueldo y le trataban bien, porque reconocían que era un excelente chófer y un buen mecánico.

Abby Guinness, la azafata que iba sentada al lado de Trevor Buckley, llevaba menos tiempo que éste trabajando para la «London Travel». Tenía veinticuatro años, el cabello rubio, y los ojos claros.

Era una joven muy atractiva. Y estaba muy bien de formas.

Era una de las razones por las que a Trevor Buckley le gustaba trabajar en la «London Travel». Todas las azafatas de la agencia eran jóvenes y guapas.

Trevor había intimado con casi todas ellas, porque era un conquistador de primera. También solía intimar con las turistas que resultaban de su agrado, lo cual enfurecía a Abby Guinness.

Ella era la excepción.

No se dejaba conquistar por el apuesto y simpático Trevor. Y el caso

es que le gustaba.

Al menos, eso pensaba Trevor, por lo que no desistía de acostarse con ella. Estaba seguro de que, más pronto o más tarde, Abby accedería a irse a la cama con él.

En aquella excursión, tal vez.

Iban a pasar seis noches fuera de Londres, por lo que tendría seis oportunidades de anular la hasta ahora tenaz resistencia de Abby a caer en sus brazos y abandonarse totalmente.

Trevor miró un instante a la muchacha

Abby vestía una falda clara y una blusa azul, porque ésos eran los colores del uniforme de los empleados de la «London Travel». También, como Trevor, llevaba el nombre de la agencia en el bolsillo de la blusa.

Blusa que, por cierto, ceñía muy sugestivamente los altivos senos de Abby. La falda era más bien corta, y como la azafata había cruzado las piernas, la exhibición de muslos era toda una tentación.

Precisamente ahí se clavaron los ojos de Trevor Buckley, en las

hermosas piernas de

Abby Guinness, que había encendido un cigarrillo y fumaba tranquilamente, con la mirada perdida.

De pronto, un coche surgió por la derecha

—¡Cuidado! —gritó Abby, al ver que Trevor no frenaba el autobús.

Buckley reaccionó con celeridad y detuvo el autobús a tiempo, evitando la colisión. La azafata le miró, asustada todavía.

—¿En qué estabas pensando, Trevor?

—La culpa no ha sido mía, sino del coche.

—A pesar de ello, debiste frenar antes. Tú tienes unos magníficos reflejos, Trevor.

—Gracias —sonrió el chófer, poniendo nuevamente en marcha el autobús.

—¿Qué te impidió reaccionar con la rapidez acostumbrada?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Tus preciosas piernas.

Abby se las miró, descubriendo que estaban demasiado al aire, por lo que se estiró la falda y gruñó:

—Me las estabas contemplando, ¿eh?

—Sí.

—Pues no son mis piernas lo que debes mirar. Un chófer debe estar pendiente únicamente de la conducción de vehículo que le han confiado.

—Losé.

—Hemos podido tener un accidente a causa de tu distracción.

—¿Cuándo he tenido yo un accidente? La azafata apretó los labios.

—Te consideras muy bueno, ¿eh?

—Lo soy, Abby. Y tú lo sabes.

—Pues si no llego a avisarte...

—Hubiera frenado a tiempo igualmente, te lo aseguro.

—¡Presuntuoso!

Trevor rió.

—No te enfades, Abby. Quiero que en este viaje nos llevemos bien.

—¿Llevarme bien yo contigo...? ¡Ni lo sueñes!

—¿Por qué? ¿Tan mal te caigo...?

—¡De sobra sabes que sí!

—Embustera.

—¿Es que no me crees...?

—Claro que no. En el fondo me tienes afecto, aunque reconozco que lo disimulas muy bien.

—¿Afecto yo a ti...? ¡Y un cuerno!

—No entiendo por qué lo niegas. Yo a ti también te tengo afecto, Abby.

—¡Ja! —exclamó sarcásticamente la azafata.

—Es la verdad, créeme. Cuando me dicen que tú vas a ser mi compañera en el viaje, me alegro infinitamente.

—¡Y yo sé por qué! ¡Piensas que tienes una nueva oportunidad para llevarme a la

cama!

—¿Qué dices?

—¡Confiésalo, Trevor! ¡Estás deseando hacer

el amor conmigo! Buckley tosió.

—Bueno, no voy a negar que me encantaría, porque tú me gustas mucho, Abby. Más que ninguna otra chica de la agencia.

—¡Porque soy la única que aún no has probado, por eso!

—No es cierto.

—¿Vas a negar que te has acostado con todas...?

—Lo que niego es que desee hacer el amor contigo porque no lo he hecho nunca. Cuando digo que me gustas más que ninguna de las empleadas de la agencia, digo la verdad. Tú eres para mi algo especial, Abby.

—Pero dejaré de serlo cuando me hayas añadido a la lista, larga lista, de conquistas, porque las hay nacionales y extranjeras.

Trevor carraspeó.

—Esas conquistas no tienen ninguna importancia para mí, Abby.

—¿De veras?

—Te lo aseguro. Es una forma de pasar el rato como otra cualquiera.

—Y conmigo sería distinto, ¿no?

—Muy distinto.

—Anda, ahora dime que estás enamorado de mí.

—Es posible.

—Y que te casarías conmigo, si yo accediera a meterme en la cama contigo.

—No, eso no puedo decírtelo, porque no sé si lo nuestro acabaría en boda o no.

—No acabará en nada, porque ni siquiera empezará.

—Es una lástima, Abby.

—Para ti.

—Y para ti, porque sé que también te gusto y te sentirías tan feliz en mis brazos como yo en los tuyos.

La azafata enrojeció.

—¡Eres un maldito vanidoso, Trevor!

—Digo lo que pienso, eso es todo. Cosa que tú no haces, Abby, porque no te atreves a expresarte con sinceridad.

—¡Basta ya!

—Está bien, no discutamos más. No disponemos de tiempo, tampoco, porque ya estamos llegando al hotel Price.

La

azafata

miró

al

frente.
Era
cierto.
El hotel Price estaba a menos de treinta metros.
Los turistas se encontraban en la puerta, esperando el autobús. Eran veinticuatro, exactamente.
Y había varias chicas jóvenes, bastante atractivas.
Al verlas, Trevor se alegró.
Abby, en cambio, frunció el ceño, porque ello significaba que el Don Juan de Trevor

tampoco dormiría solo en aquel viaje.

Trevor detuvo el autobús frente al hotel Price, paró el motor, y él y Abby se apearon.

El conserje del hotel entregó a Abby la lista de las personas que iban a salir en la excursión, y la azafata, con la amabilidad que caracterizaba a las empleadas de la «London Travel», se encargó de ir acomodando en el autobús a las dos docenas de turistas.

Mientras tanto, Trevor se ocupó de los equipajes.

Como la excursión iba a durar una semana, los turistas llevaban bastantes cosas, pero el chófer supo colocarlo todo adecuadamente y no faltó espacio, aunque la verdad es que tampoco sobró.

Cuando Trevor subió de nuevo al autobús, los turistas ya estaban todos acomodados, por lo que puso el motor en marcha.

—Podemos partir, ¿verdad, Abby? —preguntó, antes de arrancar.

—Sí —respondió la azafata, que se puso seria al mirarle.

—En marcha, pues.

El autobús se puso en movimiento.

Los turistas se veían todos muy alegres.

De haber sabido lo que les iba a suceder en aquel viaje, su estado de ánimo sería muy distinto. Es más, ni siquiera lo hubieran emprendido, porque ellos querían conocer Inglaterra, no realizar una excursión al mismísimo Infierno.

CAPITULO II

Abby Guinness esperó a que el autobús saliera de Londres.

Entonces, se puso en pie, cogió el micrófono, y se dirigió a los turistas con la sonrisa en los labios: —Es para mí un placer saludarles, amigos. Los que no hablen inglés, no se preocupen. Luego repetiré mis palabras en francés, en alemán, en español y en italiano. Son los cuatro idiomas que mejor domino, pero chapurreo algunos más, así que podré entenderme con todo el mundo.

—Menos conmigo —rezongó Trevor Buckley.

Hubo risas y aplausos, aunque no por lo que acababa de decir el chófer, claro. Sus palabras ni siquiera habían sido oídas por los turistas.

Las risas y los aplausos los habían provocado las simpáticas palabras de la guapa azafata, quien, tras dirigir una fugaz pero dura mirada a Trevor, siguió hablando a los turistas:

—Mi nombre es Abby, y mi único deseo es que, cuando regresemos a Londres, dentro de siete días, se sientan ustedes contentos y satisfechos de haber hecho este viaje en un autobús de la «London Travel». Yo voy a hacer todo lo posible para que así sea, se lo prometo. Y mi compañero también. Se llama Trevor y es el mejor chófer de todo el Reino Unido.

Hubo nuevos aplausos.

Y, esta vez, sí fueron para el conductor.

Trevor sonrió y acercó su boca al micrófono que sostenía la azafata.

—Gracias, amigos. Podría decir que Abby exagera un poco, pero mentiría, porque ha dicho la verdad. Soy un verdadero as del volante. Conmigo están más seguros que encerrados en la caja fuerte del Banco de Inglaterra.

Se escucharon nuevas risas.

Abby, con gesto irónico, dijo a través del micrófono:

—Como habrán podido comprobar, Trevor es un tipo muy modesto.

—¡Y muy atractivo! —exclamó una francesa que sabía expresarse en inglés.

Después, ella y la chica que viajaba a su lado, que también era francesa, rompieron a reír.

Trevor las observó por el espejo

retrovisor. Eran dos auténticas monadas.

—Dales las gracias de mi parte a ese par de bomboncitos, Abby.

La azafata, que había fruncido ligeramente el ceño, sonrió de nuevo y dijo:

—Trevor me ruega que les dé las gracias por el piropo, simpáticas. Y que lamenta estar casado y ser padre de cinco hijos. Seis, dentro de poco, porque hay uno en camino.

—¡Abby! —-exclamó el chófer, mientras la pareja de francesitas se quedaban muy desilusionadas.

Los demás turistas reían.

Y hasta hubo quien premió con aplausos la fertilidad de la inexistente esposa del conductor del autobús.

Abby Guinness, con burlona sonrisa, preguntó:

—¿Decías, Trevor...?

Buckley apretó los dientes.

—Eso es jugar sucio, Abby.

—¿Tú crees?

—No te lo perdonaré.

—Más vale que sigas atento a la carretera, «as del volante» —aconsejó la azafata, riendo, y se dirigió nuevamente a los turistas.

Pronunció algunas palabras más en inglés y luego habló en los otros cuatro idiomas que dominaba, pues había comprobado en la lista de turistas facilitada por el conserje del hotel Price que entre ellos había, además de franceses, alemanes, españoles e italianos.

Trevor, ceñudo, no la interrumpió una sola vez.

Le había sentado como un tiro lo de que estaba casado y era padre de cinco hijos, más el que estaba en camino.

¿Cómo se había atrevido a...? Se lo haría pagar. Y ya sabía cómo. ¡A besos!

Le iba a dar tantos, y se los iba a dar tan fuertes, que...

Trevor se vio obligado a interrumpir sus pensamientos, porque acababa de descubrir una pareja de guardias de Tráfico. Estaban parados en la carretera y le indicaban con el brazo que detuviese el autobús.

El chófer obedeció.

—¿Qué sucede, Trevor? —preguntó Abby.

—No lo sé.

—¿Has cometido alguna infracción?

—Ninguna.

—Seguro que corrías demasiado.

—Te digo que no.

—Pues no creo que los agentes de Tráfico nos hayan obligado a detenemos para saludamos.

—En seguida sabremos por qué nos han hecho parar.

Trevor esperaba que los policías le hablasen a través de la ventanilla, pero éstos prefirieron subir al autobús. Algunos turistas se pusieron un tanto nerviosos, porque los agentes iban armados con metralletas, amén de portar sendas pistolas al cinto.

Lo de las metralletas le pareció raro a Trevor. Y más aún, la forma en que las empuñaban.

Uno de los policías parecía apuntarles a él y a Abby, mientras que el otro parecía apuntar a las dos docenas de turistas.

Trevor hizo ademán de levantarse de su asiento, pero el agente que le apuntaba lo hizo de una forma mucho más clara y ordenó:

—Quieto, amigo.

—¿Qué significa esto?

—No hagas preguntas y obedece.

—Pero...

—Pon el autobús en marcha y sigue la dirección que yo te indicaré.

—¿Así, sin ninguna explicación...?

—Eso es.

—Soy el responsable de la seguridad de todas estas personas y tengo derecho a saber...

—Nadie en este autobús tiene derecho a nada —le interrumpió el tipo—. Sólo nosotros dos, que empuñamos metralletas. Y empezarán a escupir balas, si alguien nos crea problemas. ¿Lo has entendido ahora, amigo...?

Trevor no respondió.

Empezaba a comprender que aquellos dos individuos no era guardias de Tráfico, sino que se habían disfrazado de tales.

¿Con qué objeto...?

Trevor no lo sabía, pero pensó que seguramente pretendían robar todo cuanto los turistas llevaban de valor, tanto encima como en sus equipajes. Y como no podían hacerlo allí, en plena carretera, a la vista de los coches que pasasen en una u otra dirección, querían que llevase el autobús a algún lugar solitario.

—Vamos, pon el autobús en marcha —insistió el falso policía.

Trevor no tuvo más remedio que obedecer, porque el tipo no dejaba se apuntarle con una metralleta y así era imposible sorprenderle. Además, estaba el otro individuo, que tampoco dejaba de apuntar a los asustados turistas.

El autobús se puso nuevamente en movimiento.

Abby, pálida, miraba continuamente a Trevor, pero éste no decía nada. La azafata estaba tan asustada como el que más, y por ello no se atrevía a hablar.

Poco después, el tipo que apuntaba a Trevor ordenó:

—Toma ese camino que se ve a la derecha.

—¿Adónde conduce? —preguntó el conductor.

—Al Infierno —respondió el sujeto, con una sonrisa que helaba la sangre.

CAPITULO III

Abby Guinness se estremeció perceptiblemente al escuchar la respuesta del falso agente de Tráfico.

—Trevor... —musitó.

Buckley la miró un instante.

—No te asustes, Abby. Lo del Infierno es sólo una expresión.

—No es una expresión, amigo —habló el falso policía—. Es la realidad. Por este camino se llega al Infierno.

—Gozan ustedes atemorizando a la gente, ¿eh? —mascculló Trevor, apretando el volante con rabia.

—Es lo nuestro, porque somos un par de demonios —sonrió el individuo—. Y tampoco esto es una simple expresión, sino la verdad. Somos dos demonios auténticos, salimos del Infierno para cumplir la misión que nos encomendó Satanás, el rey de todos los demonios.

Abby se estremeció de nuevo, más profundamente que antes, y no pudo evitar que se le escapara un gemido de terror.

Los turistas que habían podido captar y entender las palabras del tipo que apuntaba a Trevor Buckley con su metralleta, empezaron a temblar en sus asientos.

Estaban tan aterrorizados como Abby Guinness, pero ninguno se atrevió a levantarse, porque continuaban todos bajo la amenaza de la metralleta que esgrimía el otro sujeto.

Lo miraban fijamente, mientras se preguntaban si realmente se trataría de un auténtico demonio salido del Infierno, como su compañero, para llevar a cabo la misión encomendada por Satanás.

Lo mismo se preguntaba Abby, que observaba al tipo que había hablado. Lo miraba con ojos espantados, porque, ciertamente, el individuo tenía más cara de demonio que de santo.

Y a su compañero le sucedía lo mismo. Eran dos rostros feos.

Desagradables.

Siniestros.

Crueles...

Y es que los tipos hacían muy poco por mejorar la expresión de sus caras. Es más, parecía que acentuaba deliberadamente sus maquiavélicos gestos, para aterrorizar aún más a las veintiséis personas que viajaban en el autobús.

Trevor, que no creía en demonios salidos del Infierno, y menos aún armados con metralletas, no pudo contenerse y rugió:

—¡Basta ya, fantoches!

El tipo que lo apuntaba con su arma lo miró amenazadoramente.

—¿Qué has dicho?

Trevor detuvo el autobús y se puso en pie, con los puños apretados.

—¡Si continúan asustando a la gente, me niego a conducir el autobús!

El falso policía se preparó para disparar.

—¿Es que quieres que te acribille, estúpido...?

—¡Lo que quiero es que dejen de aterrorizar a los turistas con historias de demonios y de infiernos! ¡Bastante los asustan ya con sus metralletas!

—¿Historias de demonios, dices...?

—¡Sí!

—¡Somos dos demonios auténticos!

—¡Dos chiflados, eso es lo que son! Los ojos del tipo llamearon.

—¡Te voy a llenar el pecho de agujeros, mequetrefe!

—¡No! —chilló Abby, que ya veía a Trevor destrozado por las balas. El chófer la miró brevemente.

—No temas, Abby. Los tipos no me matarán. Me necesitan para conducir el autobús.

Ellos no sabrían. Y menos, por un camino tan estrecho y tan malo como éste.

La azafata, con la respiración contenida, esperó la reacción del falso policía. Efectivamente, el tipo no disparó.

Trevor había acertado.

Los individuos le necesitaban para conducir el autobús. No podían liquidarle.

Pero el sujeto que le apuntaba estaba furioso por sus palabras y no quiso dejarle sin castigo. Con un veloz movimiento, le incrustó el cañón de la metralleta en el estómago.

Trevor dio un grito de dolor y se dobló, agarrándosela zona castigada.

—¡Salvaje! —exclamó Abby, encogiéndose como si el golpe lo hubiera recibido ella. El tipo ni siquiera la miró.

Lo que hizo fue propinarle un segundo golpe al chófer, esta vez en la cara y con la culata de la metralleta.

Trevor cayó al suelo.

Abby vio que tenía una herida en el pómulo izquierdo.

—¡Bestia, más que bestia! —gritó, saltando de su asiento para socorrer al conductor.

No pudo hacerlo, porque el individuo la agarró violentamente del pelo, con su mano izquierda, sosteniendo la metralleta con la derecha.

—¿Adónde ibas con tanta prisa, rubia...?

—¡Suélteme, animal!

—Lo haré si me prometes volver a tu asiento y quedarte quietecita.

—¡Tengo que ayudar a Trevor! ¡Está herido!

—Es un corte sin importancia. Se levantará sin tu ayuda. Buckley, desde el suelo, rogó:

—Obedece, Abby.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes.

El falso policía empujó a la azafata.

—Vamos, preciosa, siéntate de nuevo. Abby hizo caso.

—Tú, arriba —ordenó el individuo a Trevor, tocándole el costado con la punta del pie.

El chófer se incorporó, con alguna dificultad, y mascullό:

— Me cobraré los golpes que me has dado, cobarde.

—¿Quieres que te dé dos o tres más? —amenazó el tipo.

—¡No, por favor! —suplicó Abby.

—¿Estás enamorada de él, rubia...?

La azafata no respondió.

El tipo sonrió.

—Sí, creo que lo estás. Bien, pues si no quieres que le destroce la cara a culatazos, dile que se siente nuevamente y que ponga el autobús en marcha. Hemos perdido demasiado tiempo ya.

—Obedece, Trevor —pidió Abby.

Buckley la miró a tos ojos, con fijeza, y luego se sentó de nuevo al volante. Como la sangre le resbalaba por la mejilla, la azafata le ofreció un pañuelo y dijo:

—Límpiate la herida.

Trevor lo hizo y le devolvió el pañuelo, manchado de sangre.

Después, puso el motor en marcha y el autobús arrancó, reanudando su avance por aquel estrecho y solitario camino que, según tos falsos policías, conduda al Infierno.

Y, desgraciadamente para los dos empleados de la London Travel y los veinticuatro turistas, era cierto.

*

*

*

El autobús llevaba ya un buen rato rodando por aquel camino. Nadie hablaba.

Los turistas, impresionados por la violenta reacción de uno de los falsos policías, apenas se atrevían a respirar. Y lo hadan porque era absolutamente necesario.

Abby Guinness, de vez en cuando, miraba a Trevor Buckley.

Se le había hinchado el pómulo lastimado, aunque la herida dejó pronto de sangrar.

De cuando en cuando, se llevaba la mano al estómago y se lo oprimía con suavidad.

Evidentemente, le seguía doliendo.

Los tipos de las metralletas tampoco decían nada, como si hubieran decidido hacer caso al chófer del autobús y no aterrorizar

más a tos turistas, hablándoles de demonios, del Infierno, y del mismísimo Satanás.

A pesar de ello, Trevor Buckley estaba más preocupado que antes. Se habían alejado demasiado de la carretera.

Si los tipos pensaban robar a tos turistas, como él creyó en un principio, lo hubieran hecho ya. No era necesario llevar el autobús más lejos.

Y si no era el robo lo que perseguían con su acción, ¿qué diablos querían? Trevor no sabía qué responderse.

Temía que hubieran caído todos en manos de una pareja de locos.

O en manos de más de dos locos, si es que los individuos formaban parte de alguna

pandilla de desequilibrados mentales que jugaban a tos demonios y a tos infiernos.

¿Se considerarían realmente demonios auténticos...?

¿Creerían de verdad estar cumpliendo una misión encomendada por el propio Satanás...?

Trevor se dijo que, si era así, estaban perdidos.

Lo del robo hubiera sido menos grave, porque la «London Travel» tenía un seguro que cubría eso y los turistas no habrían perdido nada, ya que la compañía aseguradora les hubiese abonado el importe de los objetos robados así como el dinero sustraído.

Todo hubiera quedado en un susto.

Ahora, en cambio, tos turistas podían sufrir daños físicos.

Incluso perder la vida, porque todo podía esperarse de unos tipos que aseguraban ser demonios auténticos, haber salido del Infierno, y estar cumpliendo órdenes de Satanás.

En el fondo, sin embargo, Trevor tenía la esperanza de que los individuos hubiesen dicho todo aquello con el único propósito de meterles el miedo en el cuerpo.

Poco después, sin embargo, su esperanza se desvanecía por completo.

Estaban llegando a un lugar tan siniestro y tan terrorífico, que muy bien podía tomarse como la entrada del Infierno.

Y debía serlo, porque en lo alto de la entrada había un rótulo que rezaba:

«¡BIENVENIDOS AL INFIERNO!».

CAPITULO IV

Trevor Buckley no pudo evitar que se le erizara todo el vello del cuerpo. Y eso que él no era de los que se impresionaban por cualquier cosa.

Era un tipo valeroso. Decidido. Con agallas. Lo había demostrado en muchas ocasiones. Esta vez, sin embargo...

No es que creyera, desde luego, que se hallaba ante el verdadero Infierno. Eso no entraba ni entraría jamás en su cabeza, porque la mantenía fría y lúcida, a pesar de todo.

Por esta razón, adivinaba que se trataba de un viejo caserón, cuya fachada había sido decorada de manera que ofreciese un aspecto realmente escalofriante, propio de una película de terror.

La puerta, por ejemplo, era redonda.

Parecía la entrada de una cueva enorme, más que la puerta de una casa antigua El rótulo que se veía arriba, había sido pintado con pintura roja, aunque parecía sangre. Y las letras eran deliberadamente terroríficas.

En tomo a la entrada, habían sido pintados animales y seres horribles, capaces de impresionar a cualquiera.

Por todo ello, Trevor Buckley dedujo que se hallaba ante una imitación bastante lograda de lo que debía ser el auténtico Infierno, y su temor de que hubiesen caído en manos de una pandilla de dementes a quienes les encantaba jugar a tos demonios, pareció confirmarse.

Y la confirmación fue ya absoluta cuando vio salir del supuesto Infierno a dos tipos disfrazados de demonios, con cuernos y todo. Incluso llevaban rabo.

Los dos iban armados con tridentes, para dar una mayor veracidad a su disfraz y acentuar el pánico de las personas que viajaban en el autobús de la «London Travel», el cual se había detenido ya delante del terrorífico caserón.

Caserón que, por cierto, se hallaba rodeado de árboles, altos y frondosos, ocultándolo prácticamente. Para descubrirlo, había que

llegar hasta él.

Y sólo había un camino, el que los falsos policías obligaran a Trevor a tomar.

Como era de esperar, la horripilante decoración del caserón, unida a la aparición de la pareja de falsos demonios, hizo que el más puro terror se apoderara de las dos docenas de turistas.

Se escucharon gritos.

Sollozos.

Llantos...

Abby Guinness también sentía deseos de ponerse a chillar histéricamente, pero se contuvo. Tampoco lloró, aunque ganas no le faltaban, desde luego.

Era la azafata y debía dar ejemplo.

Miró al chófer, como preguntándole con tos ojos qué iba a pasar.

—Trevor... —murmuró.

—Todo esto no es más que una comedia, Abby —aseguró Buckley—. Ni estamos a las puertas del Infierno, ni estos tipos son demonios de verdad. Son sólo una pandilla de chalados que disfrutan aterrorizando a la gente. Y hemos tenido la desgracia de que hoy nos eligieron a nosotros.

El individuo que lo vigilaba le dio un golpe en el hombro izquierdo, con el cañón de la metralleta, arrancándole un aullido de dolor.

—¡No es una comedia, estúpido! —ladró—, ¡No somos ninguna pandilla de chalados! ¡Somos demonios auténticos y esto que veis es el Infierno! ¡Satanás nos espera en su interior!

Trevor lo miró, agarrándose el hombro lastimado.

—Eres muy valiente con una metralleta en la mano, pero ya te pillaré sin ella — masculló.

—¡Cierra el pico o te atizo de nuevo! —amenazó el tipo.

—No digas nada, Trevor, por favor —rogó Abby.

Buckley guardó silencio.

El sujeto ordenó:

—¡Poneos en pie tos dos! ¡Seréis tos primeros en entrar en el Infierno!

—¿Por ser tos más malos? —preguntó Trevor, con ironía.

—¿Qué?

—Nada, olvídalo —rezongó Trevor, levantándose de su asiento. Abby se levantó también.

El tipo de la metralleta se había retirado prudentemente.

—¡Vamos, abajo!

Abby se agarró de la mano del chófer.

—Tengo mucho miedo, Trevor —confesó, con un hilo de voz. Buckley le apretó la mano.

—Animo, Abby. Saldremos de esto, ya verás.

—¡Pobre iluso! —exclamó el fulano de la metralleta, riendo con fuerza—. ¡Del Infierno no sale nadie!

—¿No salís vosotros, siempre que os apetece? —repuso Trevor.

—¡Nosotros somos demonios! ¡Y sólo salimos cuando Satanás, nuestro señor, nos lo ordena!

—Ya.

—¡Descended de una vez, maldita sea!

Trevor y Abby descendieron del

autobús.

El tipo de la metralleta bajó tras ellos, aunque sin acercarse demasiado.

—¡Que vayan bajando los demás, Mafo! —indicó a su compañero—. ¡Y si alguien se resiste o te crea problemas, liquídalo!

—¡Entendido, Tago! —respondió el otro sujeto—. ¡Vamos, abajo todo el mundo! ¡De dos en dos y cogidos de la mano! ¡Y basta de gritos y de lloros, que me ponen nervioso!

Las mujeres dejaron de gritar y procuraron contener los sollozos.

De dos en dos, como había ordenado el que respondía al nombre de Mafo, los turistas empezaron a descender del autobús. A todos les temblaban las piernas, incluidos los

hombres, y no había nadie con color en las mejillas.

Estaban todos pálidos como difuntos.

—¡Vosotros, entrad en el Infierno! —ordenó el llamado Tago a Trevor y Abby—. ¡Ya os dije que debéis ser los primeros!

—Es un honor —repuso el chófer, irónico, y caminó hacia la siniestra entrada del caserón, llevando a la asustada azafata de la mano.

—¡Cuidado con el tipo, Luso! —advirtió Tago—. ¡Es un gallito!

—¡Nosotros le bajaremos los humos con los tridentes, si intenta algo! —respondió uno de los tipos disfrazados de demonios, amenazando a Trevor con su arma.

—¡A mí me gustaría más pinchar a la chica! —dijo el otro individuo, apuntando con su tridente a Abby.

La azafata dio un grito, al tiempo que saltaba hacia atrás. Trevor la protegió con su cuerpo.

—¿Por qué no te pinchas tú lo que yo estoy pensando, gracioso? —sugirió.

—¿Prefieres que te pinche a ti, valiente?

—Inténtalo, pero si te los pongo de corbata de una patada, luego no te lamentes — advirtió Trevor.

El tipo retrocedió instintivamente. Tago soltó una carcajada y recordó:

—¡Os dije que el tipo es un gallito, Nubo!

Este masculló:

—Me encantará cortarle las alas.

—¡A su debido tiempo, Nubo! ¡Ahora que entren en el Infierno!

—Tago tiene razón —habló Luso—. ¡Vamos, adentro!

Bajo la amenaza de los tridentes, aunque sin recibir pinchazo alguno, Trevor y Abby penetraron en el falso Infierno.

La azafata ahogó un gemido, porque el interior del caserón también había sido decorado de una forma terrorífica. Más aún que la fachada, por lo que la impresión fue todavía mayor.

Como ya esperaba Trevor, había más tipos disfrazados de demonios en el interior del falso Infierno, todos ellos armados con tridentes. Lo que no esperaba el chófer, es que también hubiera mujeres.

Y las

había.

Mujeres

jóvenes.

Guapas.

Bien formadas.

El traje de demonio las ceñía como la vaina a la espada, dibujando descaradamente todas sus curvas. Estaba claro que no llevaban nada debajo.

Trevor, repuesto de la sorpresa, comentó:

—No están mal, a pesar de los cuernos y del rabo. Abby sintió deseos de arrearle un codazo.

—¿Cómo puedes pensar en «eso», en estos momentos? —rezongó.

—Lo siento, pero es que no sabía que hubiera demonias en el Infierno.

—Di mujeres demonios. Suena mejor.

—Tienes razón.

Los turistas estaban entrando también en el terrorífico caserón por parejas y amenazados por los tridentes de los falsos demonios. El aspecto interior del supuesto Infierno, aún los aterrorizó más, y algunos sintieron deseos de echar a correr.

No lo hicieron, claro.

No querían verse ensartados por los tridentes.

Ni cosidos a balazos por las metralletas que seguían empuñando los falsos policías de Tráfico.

Los hombres y mujeres disfrazados de demonios condujeron a las veintiséis personas capturadas al sótano del caserón.

Un sótano enorme.

Macabro.

Horroroso.

Sí, porque también había sido ambientado a su gusto por la pandilla de locos que solían jugar a los demonios y a los infiernos.

Y allí, al fondo, sentado en su trono, estaba el jefe de la pandilla, con un disfraz magnífico, como correspondía al hombre que representaba al mismísimo Satanás, rey de todos los demonios.

—¡Bienvenidos al Infierno! —dijo el tipo, y soltó una serie de carcajadas escalofriantes.

Trevor Buckley se fijó bien en el falso Satanás.

Su cara no le resultaba desconocida.

Estaba seguro de haber visto a aquel hombre en algún sitio, aunque no podía recordar dónde. Aparentaba unos cuarenta años de edad, era bastante alto, fornido, y tenía ojos de loco.

Trevor se esforzó por recordar dónde había visto al tipo. Y lo consiguió.

Lo vio fotografiado en un periódico, tiempo atrás.

El tipo se llamaba Lionel Hughton y fue acusado por realizar violentos ritos satánicos, en los que la sangre humana nunca faltaba. No fue condenado, sin embargo, al estimar el juez que no existían pruebas suficientes contra él.

El hecho se olvidó pronto, porque en Londres existían bastantes grupos de personas que practicaban el satanismo. La noticia, por tanto, no era ninguna novedad.

Ahora, Trevor lamentó que aquel juez no declarara culpable a Lionel Hughton y lo condenara a varios años de cárcel. Si lo hubiera hecho, ellos no se encontrarían ahora en aquella situación.

Una situación dramática, conociendo los antecedentes del tal Lionel. Y era él quien daba las órdenes allí.

Unas órdenes que podían convertir aquel falso Infierno en un Infierno auténtico, verdadero, llenando de horror y sufrimiento a las dos docenas de turistas, a Abby Guinness, y al propio Trevor Buckley.

De ahí que el chófer pensara ya en escapar, en huir de aquel maldito lugar lo antes posible. No sería fácil, porque Lionel Hughton contaba con un numeroso grupo de gente, pero lo intentaría a la primera oportunidad.

Si pudiera hacerse con una de las metralletas...

Los tipos que las empuñaban habían bajado también al sótano, pero no estaban cerca de Trevor. Imposible, por tanto, intentar nada en aquel momento.

Las veintiséis personas secuestradas formaban columna de dos en dos, tal y como habían entrado en el siniestro sótano, y estaban vigiladas además por los falsos demonios, que las amenazaban con sus tridentes, de modo que nadie podía salirse de la columna.

Lionel Hughton preguntó:

—¿Salió todo bien, Tago?

—Sí, gran Satanás.

—¿Ningún problema, Mafo?

—En absoluto. Detuvimos el autobús en el punto acordado, subimos a él, y obligamos al conductor a traerlo hasta aquí.

—¿Nadie ofreció resistencia?

—Sólo el chófer, aunque muy poca —respondió Tago—. Es un tipo decidido, y tuve que darle unos golpes.

Lionel se fijó en Trevor.

—Tiene una herida en el pómulo...

—Un simple culatazo sin importancia.

—¿Cómo se llama?

—Trevor, creo.

—¿Es ése tu nombre? —preguntó Lionel al chófer. —Sí —respondió Buckley.

—¿Y el de ella...? —el falso Satanás observó ahora a la azafata.

—Abby.

—Eres muy bonita, Abby. La joven no respondió.

—Creo que el chófer y la azafata están liados, gran Satanás —dijo Tago.

—¿De veras?

—Sí, ella se enfureció mucho cuando le golpeé. —Qué interesante.

—El tipo opina que somos una pandilla de chiflados, que todo esto es una comedia — informó Tago. —¿En serio...?

—Sí, no cree que somos demonios auténticos. Ni que esto es el Infierno.

—Tendremos que demostrárselo, entonces —dijo Lionel, con tenebrosa sonrisa.

—¿Cómo piensa demostrármelo, Hughton? —preguntó Trevor.

La sonrisa del falso Satanás se borró en el acto. —¿Cómo me has llamado...?

—Por su nombre.

—¡Soy Satanás!

—Es Lionel Hughton. Le he reconocido a pesar del disfraz. Lionel brincó de su magnífico trono.

—¡Te repito que soy Satanás! ¡Me he adueñado del cuerpo de Lionel Hughton, porque así me lo pidió él!

—No me diga —repuso Trevor, con sarcasmo.

—¡Es la verdad! ¡Lionel Hughton me adoraba, me rendía culto y me ofrecía sacrificios, junto con otros hombres y mujeres!

—Estoy enterado de eso, Hughton.

—¡No me llames por su nombre, te lo prohíbo! —rugió Lionel, con fiero gesto.

—Está bien, gran Satanás —respondió Trevor, con socarrona expresión. Lionel pareció calmarse y explicó:

—Una noche, tras haberme ofrecido como sacrificio la sangre de una muchacha virgen, Lionel Hughton me pidió fervorosamente que entrara en su cuerpo, que estuviera en él durante algún tiempo, porque deseaba sentirme dentro de sí. Me pidió, también, que otros demonios entrasen en los cuerpos de los hombres y mujeres que aquella noche estaban con él, rindiéndome culto. Y yo le complací. No podía negarme, porque Lionel Hughton era uno de mis más fieles adoradores. Había hecho mucho por mí. Tanto, que incluso estuvo a punto de ir a la cárcel. Y se libró porque yo me metí un instante en el cuerpo del juez y le obligué a declararle inocente.

Trevor Buckley sintió un ramalazo de frío en la espalda. No quería creer en las palabras de Lionel Hughton, pero... Había oído hablar de casos de posesión.

Y había visto «El Exorcista», la mejor película sobre el tema, en opinión de los críticos. Trevor recordó algunas de las escenas de la película.

Volvió a sentir frío.

Y esta vez, no sólo en la espalda, sino en todo el cuerpo.

¿Sería cierto lo que decía Lionel Hughton...?

¿Tendría a Satanás metido en el cuerpo...?

¿O solamente creería tenerlo y por eso actuaba de aquella manera...?

¿Y los demás miembros del grupo?

¿Tendrían también sendos demonios metidos en el cuerpo, o sólo pensaban que los tenían, porque así se lo había hecho creer Lionel Hughton...?

En cualquier caso, su situación, la de Abby, y la de los turistas, no podía ser más desesperada. Si Lionel Hughton y los miembros de su grupo eran demonios verdaderos, se comportarían como tales. Y, si sólo creían serlo, también.

Corrían todos, por tanto, un gran peligro.

Iban a sufrir mucho, si no encontraban la manera de escapar de aquel viejo y solitario caserón, convertido en un segundo Infierno por demonios auténticos o falsos, que esto era lo de menos.

Tendrían que soportar humillaciones, abusos, torturas psíquicas y físicas, terror, horrores...

Lionel Hughton pareció darse cuenta de que sus palabras habían impresionado hondamente al chófer del autobús de la «London Travel», pues sonrió de nuevo y preguntó:

—¿Te has convencido ya de que soy el mismísimo Satanás, Trevor...? Buckley, tras unos segundos de vacilación, respondió:

—No, sigo pensando que es usted Lionel Hughton. Y tampoco creo que los hombres y mujeres que están con usted en este siniestro lugar, sean demonios de verdad.

—¿Cómo es posible que todavía lo dudes...? —se enfureció Lionel.

—Se lo explicaré, Hughton. Siempre he oído que los demonios tienen poderes. Y Satanás, su rey, más que ninguno.

—¡Y es cierto!

—¿Por qué, entonces, Tago y Mafo tuvieron que disfrazarse de policías de Tráfico y amenazarnos con metralletas, para conseguir traemos hasta aquí? Eso es propio de vulgares atracadores, que no tienen más poder que el de las armas de fuego. Si usted fuera realmente Satanás, Hughton, se hubiera metido en mi cuerpo y me hubiera obligado a guiar el autobús hasta este solitario caserón. Hubiese sido mucho más sencillo,
¿no cree?

—¡Esto no es un caserón! ¡Es el Infierno! —tronó Lionel.

—No ha respondido usted a mi pregunta, Hughton.

—¡No me llames Hughton! ¡Te lo prohíbo!

—Sigue sin contestarme —insistió Trevor, que no se dejaba impresionar ahora por los rugidos y por las expresiones del falso rey de los demonios.

Y es que se estaba autoconvenciendo de que Lionel Hughton y los suyos eran solamente una pandilla de farsantes, de chiflados, o de dementes.

En principio, había rechazado las explicaciones de Lionel Hughton para aliviar el terror que sus palabras habían causado en Abby y en los pobres turistas, aunque en el fondo sentía casi el mismo terror que ellos.

Poco a poco, sin embargo, había ido recobrando su firmeza y habitual sangre fría. Lionel, dándose cuenta de ello, ordenó:

—¡Castigad a ese deslenguado! ¡Dadle una buena lección, para que no vuelva a dudar de nosotros!

Trevor vio que algunos de los falsos demonios le cercaban totalmente, amenazándole con sus tridentes, y se preparó para defenderse.

Abby lo agarró del brazo, angustiada.

—¡Trevor!

El chófer se libró de ella.

—Apártate de mí, Abby, o te lastimarán a ti también.

Apenas dos segundos después, uno de los hombres disfrazados de demonio atacaba con su tridente al conductor.

CAPITULO VI

La agilidad de Trevor Buckley evitó que las agudas puntas del tridente se clavasen en su muslo izquierdo, que era el objetivo del falso demonio. Pero el chófer no se limitó a saltar hacia atrás, para esquivar el arma, sino que agarró ésta con sus manos, con mucha rapidez, y tiró fuertemente de ella, arrebatándosela al atacante.

—¡Estúpido! —rugió Lionel Hughton, furioso por el fallo de su demonio—. ¡Quitadle ese tridente, rápido!

Otros dos hombres atacaron a Trevor, pero éste burló el arma de uno de ellos y desvió la trayectoria de la otra con el extremo del tridente que empuñaba.

Y tampoco se limitó a eso, en esta ocasión, pues acto seguido le atizó en la cabeza al tipo cuyo tridente acababa de desviar, utilizando de nuevo el extremo del arma que manejaba.

El golpe fue tan duro, que al falso demonio le temblaron hasta los cuernos.

Naturalmente, puso los ojos en blanco y se desplomó, quedando tendido en el suelo.

El otro tipo trató de enmendar su fallo, pero Trevor no le dio tiempo, ya que le incrustó el extremo del tridente en el estómago, con muchas ganas.

El individuo lanzó un aullido y soltó el arma, porque necesitaba las dos manos para agarrarse las machacadas tripas. Y eso hizo, a la vez que se doblaba como un garrote.

Trevor aprovechó la ocasión para asestarle un duro golpe en la nuca y el falso demonio cayó como una res apuntillada, quedando absolutamente inmóvil en el suelo.

Lionel Hughton estaba que se lo llevaban los demonios. Y no dejaba de resultar paradójico, siendo él Satanás.

¿O no lo sería...?

Trevor Buckley estaba cada vez más convencido de que no.

Si Lionel Hughton llevara dentro de sí al rey de los demonios, hubiera dado ya muestras de su poder, en vez de limitarse a rugir y vociferar.

Y lo mismo pensaba Trevor de los otros demonios. Eran bastante torpes peleando.

Y no hacían uso de ningún poder, lo que venía a demostrar que

tampoco ellos lo tenían.

Trevor hubiera podido matar con su tridente a los dos tipos que yacían inconscientes, en vez de limitarse a golpearles y dejarlos sin sentido.

Pero no le convenía.

Tago y Mafo, los fulanos de las metralletas, le estaban apuntando, y seguramente dispararían si veían caer muerto a alguno de sus compañeros.

Como confirmación de los pensamientos del chófer, Tago preguntó:

—¿Lo acribillamos, gran Satanás?

—¡No, lo quiero vivo! —ladró Lionel—, ¡Tenemos que hacerle sufrir más que a nadie! ¡Conocerá todos los horrores del Infierno!

Abby Guinness tembló al oír las palabras del falso Satanás.

—¡Dios mío, protégele! —gimió.

Los turistas también presenciaban, estremecidos, la brava lucha que el chófer estaba sosteniendo con los falsos demonios. Hubieran querido ayudarle, pero no se atrevían a moverse, porque seguían amenazados por el resto de los hombres y mujeres disfrazados de demonios.

Y no podían olvidar, tampoco, a los tipos de las metralletas.

Partirían a balazos a cualquiera que intentase salir en defensa del conductor. Afortunadamente, Trevor Buckley sabía defenderse solo.

Lo estaba demostrando.

Otros dos hombres disfrazados de demonios le habían atacado, pero el chófer estaba dando buena cuenta de ellos. Y sin utilizar las puntas del tridente, porque seguía sin convenirle.

El tipo al que Trevor le arrebatara el tridente, tuvo una idea para acabar con la resistencia del chófer, y la llevó inmediatamente a la práctica.

Saltó sobre Abby Guinness, la agarró por detrás, y le pasó un brazo por el cuello, apretándoselo con fuerza.

—¡Trevor...! —chilló la azafata, aterrorizada.

Buckley se volvió en el acto.

—¡Suéltala, cobarde! —rugió.

—¡Arroja el tridente o le rompo el cuello! —amenazó el fulano. Trevor vaciló.

Si arrojaba el tridente, quedaría indefenso, pero si no lo arrojaba, el tipo mataría a Abby. Seguro que la mataría, podía leerlo en sus ojos de asesino.

Por ello, arrojó el tridente con rabia y barbotó:

—¡Tú ganas, maldito!

Lionel Hughton dio un rugido de alegría.

—¡Reducidlo, muchachos!

Trevor recibió un golpe en los riñones y cayó al suelo, ahogando un grito de dolor. Y antes de que pudiera levantarse, recibió varios golpes más, en la espalda, en la cabeza, en el pecho y en el estómago.

Perdió el

conocimiento.

Y gracias pudo dar de que los falsos demonios se limitarán a golpearle y no le pincharan el cuerpo con sus tridentes, llenándolo de dolorosas heridas.

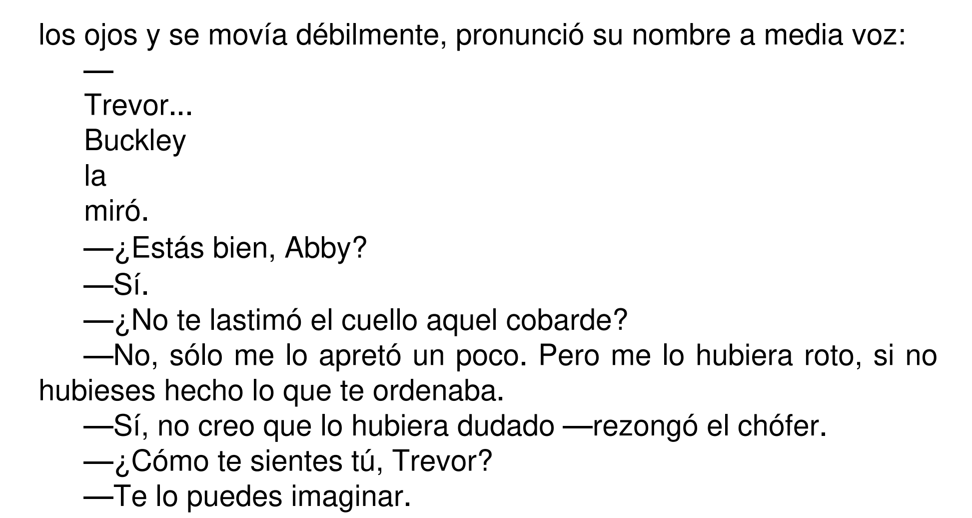
Hubiera
sido
mucho
peor.

* * *

Cuando Trevor Buckley volvió en sí, se encontró echado en el suelo, junto a una de las paredes del sótano, con las manos atadas a la espalda.

Se las habían atado con una tira de cuero, lo mismo que a los demás. Estaban todos sentados en el suelo, la espalda apoyada en la pared.

Abby Guinness era quien más cerca se encontraba del chófer, y al ver que éste abría



los ojos y se movía débilmente, pronunció su nombre a media voz:

—Trevor...

Buckley la miró.

—¿Estás bien, Abby?

—Sí.

—¿No te lastimó el cuello aquel cobarde?

—No, sólo me lo apretó un poco. Pero me lo hubiera roto, si no hubieses hecho lo que te ordenaba.

—Sí, no creo que lo hubiera dudado —rezongó el chófer.

—¿Cómo te sientes tú, Trevor?

—Te lo puedes imaginar.

La azafata se mordió los labios.

—Lamento que por mi culpa...

Buckley, que ya había incorporado el torso con dificultad y gestos de dolor, y apoyado su espalda contra la gruesa pared, dijo:

—No fue por tu culpa, Abby.

—Arrojaste el tridente para evitar que el tipo me rompiera el cuello.

—Me hubieran reducido igualmente, porque son muchos. Además, los de las metralletas no dejaban de apuntarme. Si mi resistencia se hubiera prolongado de- masiado, me hubiesen amenazado con llenarme el cuerpo de balas si no arrojaba el tridente y me entregaba, así que la paliza me la habrían dado de todas formas. Le hablé muy claro al falso Satanás y tenía que hacérmelo pagar.

—De todos modos, quiero darte las gracias.

—No tiene importancia.

—También quiero disculparme, Trevor.

—¿Por qué?

—No te he tratado bien.

—Eso es verdad.

—Si salimos de esto, lo cual veo muy difícil, prometo tratarte mejor.

—Aunque sólo fuera por eso, ya vale la pena intentarlo.

—No tenemos ninguna posibilidad, Trevor.

—¿Quién lo ha dicho?

—¿Cómo vamos a salir de este horrible lugar?

—Por el mismo sitio que entramos.

—Nos han atado a todos. Y nos vigilan continuamente.

—Ya lo veo. A los que no veo, son a los tipos de las metralletas.

—Se fueron con el hombre que asegura tener a Satanás metido

en su cuerpo.

—Es mentira, Abby.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Aquí no hay ningún demonio, Abby. Demonio salido del Infierno, me refiero. Demonios de los otros, de los que llevan la maldad en el cerebro y en el corazón, hay muchos. Y el peor de todos, es Lionel Hughton.

—¿De qué lo conocías tú, Trevor?

—Vi su foto en un periódico, hace ya tiempo. Y lo reconocí en cuanto me fijé en su

cara de loco.

—¿Lo estará realmente, Trevor...?

—Es muy posible. De otro modo, no se concibe que hayan organizado todo esto. Han convertido este caserón en un segundo Infierno.

—Y están convencidos de que lo es —repuso la azafata.

—Sí, eso es lo peor —rezongó Trevor—. Si fingieran creerse demonios, sería mucho mejor para nosotros, porque se trataría todo de una comedia.

—Se creen demonios de verdad, ¿no?

—Sí, me temo que sí. Pero te repito que no lo son,

Abby. No tienen ningún poder sobrenatural, son hombres y mujeres normales y corrientes. Físicamente, al menos, porque sus pensamientos no tienen nada de normales ni de corrientes. Están todos como una regadera.

—¿Qué nos harán, Trevor?

El chófer iba a responder, pero se interrumpió al ver aparecer en el siniestro sótano a Lionel Hughton, acompañado de Tago y Mafo, los falsos policías de Tráfico, que ya se habían despojado de sus disfraces y colocado otros de demonios.

Ahora ya no portaban metralletas, sino tridentes, como el resto de sus compañeros.

CAPITULO VII

Lionel Hughton era el único que llevaba capa.

Una capa roja, larga, brillante, magnífica.

También su tridente destacaba sobre los demás, porque era más largo y tenía incrustaciones en la empuñadura, lo que le proporcionaba un tono artístico al arma.

Al comprobar que Trevor Buckley había recobrado ya el conocimiento, fue directamente hacia él, seguido de Tago y Mafo.

Abby Guinness se asustó.

—Vienes hacia nosotros, Trevor.

—Tranquilízate, Abby.

—¿Que me tranquilice...?

—Hughton sólo querrá hablar conmigo, ya verás.

—O causarte más daño.

—Esperemos que no. Todavía no me he recuperado de los golpes que me dieron. Trevor y Abby no hablaron más, porque Lionel Hughton ya llegaba, flanqueado por Tago y Mafo.

—Te has despertado ya, ¿eh? —dijo Lionel.

—Sí, hace un momento.

—Lo celebro, porque va a comenzar el espectáculo.

—¿Qué espectáculo?

—Uno muy interesante, como todos los que se ofrecen en el Infierno.

—No lo sabía. Como es la primera vez que venimos... —repuso el chófer, con ironía. Lionel Hughton rió.

—Veo que los golpes no te han quitado tu sentido del humor, Trevor.

—No lo pierdo nunca.

—¿Qué te apuestas a que el espectáculo sí que te lo quita...?

—Si quieren divertirse a costa de alguien, elíjanme a mí —pidió el conductor.

—No, tú no estás en condiciones de ofrecernos diversión, Trevor. Esperaremos a que te recuperes de los golpes recibidos. Hasta entonces, serás un mero espectador. Luego, intervendrás también en el espectáculo. Y tu actuación será la más brillante, te lo prometo —sonrió cínicamente Lionel.

Buckley no insistió.

Lo que sí hizo, fue tantear la resistencia de la tira de cuero que sujetaba sus manos. Y comprobó que era mucha. Sería muy difícil soltarse, por no decir imposible.

Por un momento, además, sus fuerzas estaban disminuidas por los golpes recibidos. Tendría que esperar a recobrarlas totalmente, para luchar en serio con la dura tira de cuero.

Lionel Hughton alargó la mano y cogió de la barbilla a Abby.

—¿Quieres que empecemos contigo, preciosa...?

La azafata sufrió algo muy parecido a una descarga eléctrica.

—¡No! —gritó, aterrada.

Trevor apretó rabiosamente las mandíbulas.

—¡Déjela en paz, Hughton!

Este le soltó un revés y lo hizo sangrar por la comisura de la boca.

—¡Tienes que llamarme Satanás, bastardo! —le recordó.

—Cobarde... —masculló el chófer, con los ojos brillantes de furia.

Lionel se olvidó de él y preguntó:

—¿Tienes miedo, Abby?

—¡Sí! —confesó la muchacha.

—Entonces, serás también espectadora, como tu amado Trevor. Ya nos divertiremos contigo más tarde.

Lionel soltó una risotada de demente y se apartó de la azafata, seguido de Tago y Mafo, que también reían. Se pasearon los tres por delante de los turistas, observándolos uno por uno.

Finalmente, el falso Satanás se decidió por la pareja de muchachas francesas a las que Abby dijera que Trevor estaba casado, que era padre de cinco hijos, y que su mujer llevaba otro en sus entrañas.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó.

—Sylvie —respondió la que tenía el pelo rubio, con temblorosa voz.

—Simone —contestó la otra, que era morena.

—Bonitos nombres —sonrió Lionel—, Y bonitas caras. ¿Tenéis también el cuerpo bonito...?

Las francesas no respondieron.

—Poneos en pie —ordenó Lionel.

Sylvie y Simone, en vez de levantarse, se apretaron una contra la otra, absolutamente aterrorizadas.

Lionel las amenazó con su arma.

—¿Queréis que os pinche con mi tridente?

—¡No! —exclamó Sylvie.

—¡Por favor, no lo haga! —suplicó Simone.

—Entonces, obedeced. Vamos, en pie.

Las francesas se irguieron con alguna dificultad, por tener las manos atadas a la espalda. Sentían, además, una tremenda debilidad en las piernas, a causa del pánico, que las hacía temblar de pies a cabeza.

Trevor, Abby y el resto de tos turistas miraban a Sylvie y Simone, preguntándose qué suerte les tenía reservada el falso rey de los demonios.

También los otros hombres y mujeres disfrazados de demonios estaban pendientes de la pareja de francesas. Todos sonreían, como gozando ya del espectáculo que las dos muchachas les iban a proporcionar, obligadas por Lionel Hughton.

Este ordenó:

—Seguidme, preciosas.

Dio media vuelta y echó a andar.

Sylvie y Simone fueron tras él, caminando con torpeza. Tras ellas, caminaron Tago y Mafo.

Habría dado unos diez pasos, cuando Lionel se detuvo y se volvió hacia las dos muchachas francesas, que se detuvieron también.

—Soltadlas —indicó a Tago y Mafo.

Estos se apresuraron a desatar a las chicas. Entonces, Lionel ordenó:

—Quitaros la ropa. Quiero veros a las dos desnudas. Completamente desnudas. Las francesas vacilaron.

—¿Preferís que os desnuden Tago y Mafo? —amenazó Lionel.

La rubia Sylvie empezó a desabrocharse la blusa, mirando hacia el suelo. Su

compañera comenzó a desvestirse también, sollozando en silencio.

Abby, pálida, miró a Trevor.

El chófer tenía el rostro congestionado de ira.

—Cerdos asquerosos... —rezongó

—Pobres muchachas —musitó la azafata, y volvió a mirarlas.

Sylvie y Simone estaban ya con los pechos al aire, porque ninguna de las dos llevaba sujetador. Se habían despojado también de los pantalones y mostraban sus bien formadas piernas. Y como el falso Satanás había dicho que quería verlas completamente desnudas, se desprendieron de los sucintos slips.

Lionel las observó de arriba abajo.

—Sí, también vuestros cuerpos son bonitos. A ver, daros la vuelta, para comprobar qué tal estáis por detrás.

—Estupendas, gran Satanás —dijo Tago.

—No tienen desperdicio —aseguró Mafo.

Como ellos dos estaban detrás de las francesas, podían contemplar los esbeltos traseros de las muchachas.

Lionel rió y esperó a que Sylvie y Simone se volvieran.

Lo hicieron y pudo observar también sus tentadoras grupas.

—Teníais razón, muchachos. Sus traseros son muy hermosos —dijo, acercándoles el tridente.

Sylvie sintió el arma en su grupa y se arqueó hacia adelante, para librarse de los pinchazos. Luego, fue Simone la que sintió las afiladas puntas del tridente en sus prietas nalgas, y también ella se arqueó, emitiendo un gritito de terror.

Lionel y los suyos rieron a coro.

A una indicación del falso Satanás, Tago acercó su tridente al vientre de Sylvie, lentamente, obligando a la muchacha a hacerse para atrás, pero su desnudo trasero tropezó con el tridente de Lionel, que lo estaba esperando.

Sylvie sintió un pinchazo en cada nalga e instintivamente se arqueó hacia adelante, tropezando entonces con el tridente de Tago, que le pinchó el vientre.

La francesa gritó, pero ya no pudo hacerse para atrás. Había quedado aprisionada entre ambos tridentes.

Los pinchazos habían sido leves, pero ello no evitó que algunas gotas de sangre brotaran de las pequeñas heridas, resbalando por las nalgas y por el vientre de la horrorizada muchacha.

Sylvie pensaba que iban a pincharlas más a veces.

También Simone lo pensaba, pero ambas se equivocaron, porque Lionel y Tago retiraron sus tridentes.

—Volveos hacia mí —ordenó Hughton. Las chicas obedecieron.

—Si no queréis que os pinchemos, bailad. Y hacedlo con gracia, porque si no me gustan vuestros movimientos, os lastimaremos con los tridentes. Sobre todo, procurad que vuestro baile sea sensual y excitante. Recordad que estáis en el Infierno y aquí no vale el recato ni la timidez.

Hecha la advertencia, Lionel se puso a cantar una extraña canción, que fue inmediatamente coreada por los falsos demonios.

Y, al son de la siniestra melodía, Sylvie y Simone empezaron a moverse. Lo hicieron tímidamente, porque sentían una terrible vergüenza.

—¡Esos pechos! —exclamó Lionel—. ¡Tenéis que moverlos más, lo mismo que vuestros traseros! ¡Tiene que ser una danza sensual y voluptuosa! ¡Hacedlo así y os llenaremos los cuerpos

de heridas!

Y para demostrar que no amenazaba en broma, pinchó las posaderas de Sylvie, haciendo brotar la sangre.

La morena dio un grito y se apresuró a moverse como una artista de «strip-tease». Lo mismo hizo la rubia Sylvie, antes de que la pincharan con los tridentes.

Ahora, su forma de bailar sí fue del agrado de Lionel y los suyos, por lo que no recibieron más pinchazos.

Abby Guinness murmuró:

—Las están humillando.

—Sí, pero no tienen más remedio que obedecer, para que no las lastimen con los tridentes — repuso Trevor Buckley, con voz ronca.

—¿Me obligarán a mí a hacer lo mismo?

—No lo sé.

La azafata bajó la cabeza y sollozó.

—Creo que no podré soportarlo, Trevor.

—Tienes que ser fuerte, Abby. Sólo conservando nuestra entereza tendremos posibilidades de escapar de aquí.

—No podremos escapar, lo sé.

—No pierdas la fe, te lo ruego.

Abby continuó sollozando, con la cabeza hundida en su pecho.

No quería ver bailar a Sylvie y Simone, porque tal vez ella tendría que bailar también, completamente desnuda, para divertir al falso Satanás y a sus no menos falsos demonios con movimientos sensuales y voluptuosos, como si fuera una profesional del erotismo o la pornografía.

Trevor sí miró a las francesas, aunque no porque su total desnudez y sus eróticos movimientos le excitaran. La situación era demasiado grave y dramática como para pensar en ciertas cosas.

Lo que el chófer quería saber era cómo acababa el espectáculo.

¿Lastimarían más a las muchachas...?

¿Las someterían a nuevas humillaciones...?

¿Abusarían de

ellas...?

Cualquier
cosa
podía
suceder.

Y Trevor nada podía hacer por evitarlo, con las manos fuertemente atadas a la espalda y el cuerpo dolorido.

Nadie podía hacer nada por Sylvie y Simone.

Estaban las dos condenadas a satisfacer los deseos de Lionel Hughton, a soportar sus humillaciones, a sufrir en sus carnes las torturas físicas que el falso Satanás quisiera aplicarles.

De momento, las infortunadas francesas seguían moviéndose sensualmente al compás de la canción que cantaban los falsos demonios, y que sonaba claramente a melodía pagana.

Pero el cansancio empezó a hacer mella en Sylvie y Simone.

Tenían el rostro brillante, a causa del sudor.

También sus cuerpos desnudos brillaban, lo cual excitaba aún más a Lionel y su gente.

La primera en derrumbarse, absolutamente agotada, fue la rubia Sylvie. Casi al mismo tiempo, se desplomaba la morena Simone, igualmente extenuada.

Trevor contuvo la respiración, mientras se preguntaba qué iba a pasar ahora, porque intuía que Lionel y los suyos no habían acabado todavía con las dos chicas francesas.

Y, por desgracia para ellas, el chófer no se equivocó.

CAPITULO VIII

Sylvie y Simone resollaban en el suelo.

Habían caído muy cerca la una de la otra, por lo que instintivamente unieron sus cuerpos desnudos y brillantes, buscando una protección que no podían darse, porque más indefensas de lo que estaban ya no lo podían estar.

—¡En pie! —ordenó Lionel Hughton—. ¡Tenéis que seguir bailando para nosotros! Las francesas no se movieron.

—¡Levantaos ahora mismo u os pinchamos con los tridentes! —amenazó el falso Satanás. Sylvie y Simone intentaron ponerse en pie, pero no lo consiguieron.

No tenían fuerzas para ello.

—No pueden levantarse, gran Satanás —dijo Tago.

—El baile las ha agotado —añadió Mafo.

—Bueno, pues si no pueden ponerse en pie, que caminen a cuatro patas, como los animales — decidió Lionel.

—¡Eso! —aplaudió Tago.

—¡Que hagan una carrera, gran Satanás! —sugirió Mafo.

—¡Excelente idea! —rió Lionel—. ¡Y le daremos un premio a la que gane!

—¿Qué clase de premio, gran Satanás? —preguntó Tago.

—¡Dejarla descansar!

—¿Y la que pierda...? —inquirió Mafo.

—¡Nos seguiremos divirtiendo con ella, como castigo!

—¡Eso es! —rió Tago.

—¡Vamos, preciosas, poneos a cuatro patas, que la carrera va a

empezar! —ordenó Lionel. Sylvie y Simone no tuvieron más remedio que obedecer.

—¡Yo ayudaré a la rubia a ganar! —dijo Tago.

—¡Y yo a la morena! —dijo Mafo.

—¡De acuerdo! —aceptó Lionel, riendo.

Trevor Buckley vio que Tago y Mafo preparaban sus tridentes, y adivinó qué clase de «ayuda» iban a prestar a las francesas. Tago le pincharía el trasero a Sylvie y Mafo haría lo propio con Simone, para obligarlas a caminar más de prisa.

Abby Guinness pareció adivinarlo también, porque murmuró:

—¿Cómo pueden ser tan crueles?

—Creo que son demonios auténticos. Y como tales actúan —masculló Trevor. Justo en aquel momento, Lionel Hughton exclamaba:

—¡Empieza la carrera!

Sylvie y Simone comenzaron a caminar a cuatro patas, entre las risas de los falsos demonios. Se esforzaban por avanzar con rapidez, pero estaban cansadas y asustadas, y no adelantaban demasiado.

Lionel iba delante de ellas, caminando de espaldas.

—¡Más de prisa, preciosas! ¡Recordad que la que gane podrá descansar, mientras que la otra seguirá sufriendo!

Lo de poder descansar, desde luego, era todo un premio, por lo que las francesas sacaron fuerzas de flaqueza y avanzaron un poco más rápido.

Sylvie se destacó ligeramente.

Al ver que Simone se quedaba un poco rezagada, Mafo le pinchó las posaderas con su tridente.

—¡Más rápido, morena! ¡Te estás quedando atrás!

Simone, que había dado un grito al recibir los pinchazos, adquirió una mayor rapidez y alcanzó a su compañera, rebasándola.

Entonces, fue Tago quien pinchó las nalgas de Sylvie con su arma.

—¡Tu compañera te ha adelantado, rubia! ¡Tienes que correr más de prisa!

Sylvie, que también había gritado, no tuvo más remedio que acelerar el ritmo, para evitarse pinchazos. Consiguió alcanzar a Simone, pero no pudo adelantarla.

La morena, por su parte, tampoco consiguió dejar nuevamente atrás a su compañera. Y eso resultó fatal para las dos, puesto que Tago y Mafo las pincharon de nuevo con sus tridentes.

Y no una vez, sino varias, mientras les exigían una mayor rapidez.

Las desgraciadas chillaban cada vez que eran lastimadas, lloraban, y se caían, a causa del dolor y del agotamiento, lo que provocaba las ruidosas carcajadas de Lionel Hughton y los suyos.

Tago y Mafo las obligaban a levantarse, martirizándolas con sus tridentes, y ellas proseguían la carrera, con el trasero ensangrentado, porque las heridas eran ya múltiples.

Una carrera que no tenía fin, porque había sido sólo un pretexto para atormentar a las dos muchachas francesas. No existía, por tanto, premio para la ganadora, sino castigo para ambas.

Un castigo continuo y doloroso, que se unía a la humillación que suponía el hacerlas correr a cuatro patas, completamente desnudas, para regocijo de los falsos demonios.

Como era de esperar, Sylvie y Simone se desvanecieron, incapaces de soportar por más tiempo aquel terrible martirio.

*
*
*

Trevor Buckley, Abby Guinness, y los otros veintidós turistas, habían sufrido casi tanto como Simone y Sylvie, viendo como éstas eran martirizadas sin piedad por Tago y Mafo.

Para ellos también había sido terrible, pues quien más y quien menos pensaba que su suerte sería parecida. O quizá peor, porque

ya habían visto lo malvados y sanguinarios que eran aquellos falsos demonios.

Los demonios verdaderos no serían peores, eso nadie lo dudaba. Lionel Hughton, al ver que las francesas se habían desmayado, indicó:

—Atadles de nuevo las manos a la espalda y colgadlas del techo, boca abajo. Será su castigo por no haber terminado la carrera —añadió, con ironía.

Los hombres y las mujeres disfrazados de demonios rieron las palabras del falso Satanás.

Después, Tago y Mafo se dispusieron a cumplir la orden de su jefe.

Trevor y Abby vieron como Sylvie y Simone eran atadas nuevamente y colgadas del techo por los pies. Sus cabezas quedaban a un metro, aproximadamente, del suelo, porque las cuerdas eran largas.

Deliberadamente, Tago y Mafo balancearon los cuerpos de las chicas y los dejaron así, para impresionar todavía más a las veinticuatro personas que esperaban su tumo para ser martirizadas, como lo habían sido Sylvie y Simone.

Lionel Hughton rió al ver a las desvanecidas muchachas columpiándose de aquella manera tan macabra. Luego echó a andar directamente hacia Trevor y Abby, no sin antes indicar con el gesto a Tago y Mafo que le siguieran.

Eran, por lo visto, sus hombres de confianza. Sus demonios de confianza, mejor dicho.

Lionel se detuvo delante de Trevor y Abby.

—¿Qué os ha parecido el espectáculo...? —preguntó, con irónica sonrisa.

—Canallesco — respondió el chófer, roncamente.

—¿No os ha resultado divertido...?

Buckley prefirió no contestar esta vez, porque sentía deseos de insultar a Hughton y eso sólo le reportaría unos cuantos golpes más, lo cual no le convenía, porque todavía se resentía de los otros.

Si no conseguía soltarse, no podrían escapar de aquel segundo Infierno. Y para vencer la fuerte resistencia de la tira de cuero que sujetaba sus manos, todas las fuerzas serían pocas, así que debía procurar que no le golpeasen más.

Lionel soltó una carcajada.

—¿Te ha comido la lengua el gato, Trevor...? El chófer siguió callado.

—Te dije que el espectáculo te quitaría tu sentido del humor, muchacho —recordó Lionel—, Y eso que no ha hecho más que comenzar. Va a proseguir, ¿sabes?

A Buckley no le sorprendió, pues ya suponía que los falsos demonios seguirían divirtiéndose a costa de los turistas, humillándolos, aterrorizándolos, y causándoles dolor.

Todo lo que pedía con el pensamiento, es que no fuera Abby la próxima víctima. Ella había dicho que no podría soportarlo, y Trevor estaba seguro de que él tampoco lo soportaría. Su propio martirio y sus propias humillaciones, sí, pero las de la azafata, no.

Lionel pareció adivinar lo que pensaba, pues sonrió siniestramente y preguntó:

—¿Te gustaría que la siguiente fuese tu amada Abby, Trevor...? Al chófer le dio un vuelco el corazón.

Y a la azafata también.

Trevor la miró y vio que temblaba como una hoja.

—Lo que tengan que hacerle a ella, háganmelo a mí —pidió.

—¡Vaya, hombre, ya has hablado! —exclamó Lionel, riendo con fuerza—. Eso era lo que pretendía, ¿sabes?

—¿No van a hacerle nada? —preguntó Buckley.

—Por el momento, no. Ni a ti tampoco.

Ya te lo dije antes, Trevor. El chófer sintió un gran alivio.

Y aún fue mayor el de Abby.

—Bien, veamos a quiénes elijo ahora para que el espectáculo continúe —dijo Lionel, alejándose de Trevor y Abby.

Fue observando a los aterrados turistas, sin ninguna prisa, y acabó parándose frente a los Wartenberg, un matrimonio alemán de mediana edad.

—¿Cómo te llamas tú? —le preguntó al hombre, que estaba bastante metido en carnes y era de estatura más bien baja.

El germano, que entendía inglés, respondió:

—Klaus.

—¿Y tú, pelirroja...?

—Hertha —contestó la mujer, que no tenía nada de fea y estaba bastante bien de formas, porque cuidaba mucho su físico, cosa que no hacía el tragón de su marido.

—Estáis casados, ¿verdad? — adivinó Lionel.

—Sí —asintió Klaus.

—Me alegro, porque así será más divertido —sonrió diabólicamente el falso Satanás.

CAPITULO IX

Lionel Hughton ordenó a los Wartenberg que se pusieran en pie, pero el terror impidió a Klaus y Hertha obedecer. Sin embargo, al verse amenazados por los tridentes de Tago y Mafo, se levantaron los dos.

Hertha, más ágil que el gordo de su marido, se puso en pie antes, pero Klaus tuvo que ser ayudado por Mafo. Con las manos atadas a la espalda, el germano era incapaz de incorporarse por sí solo.

Lionel les ordenó que le siguieran, separándolos unos diez o doce metros del resto de los turistas. Entonces, indicó a Tago y Mafo que les soltaran las manos.

Cuando los Wartenberg estuvieron libres, el falso Satanás dijo:

—Desnuda a tu mujer, Klaus.

—No, por favor... —suplicó el germano, muy pálido. Lionel miró a Mafo, que estaba detrás de Klaus.

El falso demonio entendió y le clavó el tridente al alemán en su voluminoso trasero, arrancándole un chillido.

—¡Obedece, gordinflón!

Klaus no se hizo repetir la orden y con manos temblorosas empezó a quitarle la ropa a su mujer, que no hizo nada por impedirlo. Se limitó a sollozar, resignada a su suerte.

Poco después, Hertha se hallaba completamente desnuda.

—Vaya cuerpo, ¿eh, gran Satanás? —dijo Tago, mirando con deseo a la alemana.

—Magnífico de verdad —respondió Lionel.

—Ya lo quisieran para sí muchas veinteañeras —comentó Mafo, devorando también con los ojos a la germana.

—No te mereces una mujer tan hermosa, Klaus —dijo Lionel—. Eres gordo y feo. Además, con ese barrigón, tendrás muchas dificultades para hacerle el amor. Seguro que no le causas ningún placer. ¿Cómo te las arreglas para satisfacer debidamente su deseo...?

El alemán enrojeció visiblemente, mientras los falsos demonios

reían con ganas. A su mujer no le salieron los colores, porque su pánico era mayor que su vergüenza, y la palidez podía más que el rubor.

Lionel indicó:

—Desnuda al cerdo de tu marido, Hertha.

La germana, recordando que Klaus había sido pinchado en el trasero por no obedecer al falso Satanás a la primera, empezó a quitarle la ropa a su marido, dejándolo tan desnudo como ella.

El rollizo cuerpo del alemán provocó las risas y las burlas de Lionel y los suyos.

—¡Es un barril de grasa!

—¡Todo es barriga!

—¡Barriga y culo!

—¡No tiene nada de hombre!

—¡Poco que tiene y asustado que está...!

Todas estas frases hicieron que Klaus enrojeciera aún más y se cubriera sus órganos masculinos con las manos, con la mirada fija en el suelo.

No se atrevía a mirar a nadie. Ni siquiera a su mujer.

Hertha empezó a sentir un calor excesivo en las mejillas, porque ahora su vergüenza era mayor que su pánico y el rubor estaba venciendo a la palidez.

Y es que era una humillación terrible para los dos. Trevor Buckley sentía que la sangre le ardía en las venas.

—Pandilla de miserables... —masculló.

—Esto es un Infierno de verdad, Trevor —dijo Abby Guinness, con los ojos húmedos.

—Sí, no creo que en el auténtico Infierno lo pasáramos peor —estuvo de acuerdo el chófer.

—Que Dios se apiade de todos nosotros —murmuró la azafata.

Entretanto, Lionel y los suyos habían seguido mofándose del pobre Klaus, humillándole y humillando también a su mujer.

De pronto, el falso rey de los demonios ordenó:

—¡Posee a tu mujer, Klaus!

El germano se estremeció.

—No, eso no...

—¿Qué pasa, no puedes?

—Delante de todos, no.

—¡No quiere hacer el amor en público, muchachos! —exclamó Lionel, riendo a carcajadas.

—¿No será que es impotente, gran Satanás? —dijo Tago.

—¡Seguro!

—¿Por qué no poseo yo a la pelirroja, gran Satanás? —sugirió Mafo.

—Si su marido lo prefiere...

—¡No! —exclamó al instante Klaus.

—Entonces, poséela tú. ¡Vamos, empieza ya! —ordenó Lionel, amenazándole con su tridente.

Hertha se dejó caer de rodillas, llorando, y se cubrió el rostro con las manos. Klaus se arrodilló también y la abrazó, conteniendo a duras penas las lágrimas.

—Tenemos que obedecer, cariño —le musitó al oído—. Si no, ya ha oído lo que pasará. Uno de ellos te forzará y yo tendré que presenciarlo.

—No podremos, Klaus. Y eso es lo que ellos quieren, para reírse aún más de nosotros.

—Debemos intentarlo, Hertha.

—Será inútil, y tú lo sabes.

—¡Menos charla y más acción! —dijo Lionel, pinchando con su tridente a Klaus, en un muslo. El germano gritó y se agarró el muslo, del que ya estaba brotando la sangre.

—¡Vamos, posee a tu mujer, si es que puedes! —apremió Lionel. Klaus lo intentó, pero no lo consiguió.

Era imposible hacer el amor así, rodeado de gente, escuchando risas y frases burlonas. Y con el terror metido en el cuerpo, además, porque no podían olvidar lo que los falsos demonios habían hecho con las dos muchachas francesas.

Y encima, Lionel les dio muy poco tiempo, porque no deseaba que hiciesen el amor, sólo quería humillarlos, hacerles pasar una vergüenza espantosa.

Le pinchó el trasero al alemán y gritó:

—¡Apártate de tu mujer, saco de grasa! ¡No sirves para nada!

Klaus se retiró, aullando, al tiempo que se agarraba las posaderas, por las que ya corría la sangre.

Hertha hizo ademán de incorporarse, pero Lionel le puso el tridente en el pecho, rozándole materialmente los desarrollados senos, y ordenó:

—¿Quédate quieta ahí, pelirroja!

La germana tuvo un fallo cardíaco, porque pensó que el falso Satanás iba a ordenarle a Mafo que la poseyera, ya que su marido no había podido hacerlo.

Klaus también lo pensó, pero al ver que Tago le ponía el tridente a él en el cuello, para que tampoco pudiera incorporarse.

—¡No te muevas, gordo!

Sin embargo, los Wartenberg se equivocaron, porque Lionel no ordenó a Mafo que violara a Hertha. Lo que hizo fue llamar a dos de las mujeres disfrazadas de demonios.

—¡Yela! ¡Doba!

Las chicas corrieron hacia él.

—¿Sí, gran Satanás...? —habló la primera.

—¿Os gustaría encargaros del gordinflón? —preguntó Lionel.

—¡Mucho! —respondió la segunda.

—¡Vuestro es, pues!

Las dos mujeres brincaron de contento.

—¡Ponte a cuatro patas, gordo! —ordenó Yela—. ¡Vas a ser nuestro caballo!

—¡Y como te espachurres, pobre de ti! —advirtió Doba.

Tago retiró su tridente del cuello de Klaus, para que éste pudiera obedecer a las mujeres demonio. Lionel, en cambio, no retiró el suyo del pecho de Hertha, porque quería mantenerla acostada en el suelo.

Klaus ya estaba a cuatro patas. Yela fue la primera en montarle.

Lo agarró del pelo con su mano izquierda, porque en la derecha llevaba el tridente, y le golpeó los costados con los talones.

—¡Arre, caballo!

El germano echó a andar, entre las risas de los falsos demonios.

—¡Más de prisa! —exigió Doba, pinchándole con su tridente. Klaus aulló y se movió más rápido.

—¡Relincha como si fueras un caballo de verdad! —pidió Yela, tirándole del pelo con fuerza. El alemán obedeció, lo que acentuó las carcajadas de Lionel Hughton y los suyos.

De pronto, Doba saltó sobre el lomo de Klaus.

El alemán no pudo con el peso de las dos mujeres y se espachurró.

Ni que decir tiene que su caída aumentó la hilaridad y las burlas de los falsos demonios.

—¡Es un caballo débil!

—¡Anda flojo de remos!

—¡Está demasiado gordo!

—¡Necesita ejercicio!

Yela y Doba obligaron al germano a levantarse, pinchándole las carnes con sus tridentes, y la segunda lo montó de nuevo.

—¡Trota, «Centella»! —dijo, agarrándole del cabello y golpeándole los flancos. Klaus echó nuevamente a andar.

No podía quedarse quieto, porque Yela le aguijoneaba la grupa con su tridente, arrancándole un grito tras otro.

Poco después, Yela lo montaba también y Klaus volvió a espachurrarse cómicamente, provocando otro estallido de carcajadas.

El tormento continuó hasta que el alemán, exhausto, se desmoronó por enésima vez y ya no pudo levantarse, a pesar de los pinchazos que le daban las mujeres demonio con sus tridentes.

Entonces, Lionel dijo:

—Basta ya, chicas. Ahora nos divertiremos con la mujer.

CAPITULO X

A pesar de dolerse todavía de los golpes recibidos, Trevor Buckley no dejaba de forcejear de vez en cuando con la tira de cuero que sujetaba sus manos.

Las circunstancias le obligaban a ello.

No podía permanecer impasible mientras Lionel Hughton y su pandilla de dementes humillaban, aterrorizaban, y torturaban a los indefensos turistas.

Estos querían conocer Inglaterra, no el Infierno. Y el Infierno estaban conociendo.

Sus terrores.

Sus crueldades.

Sus horrores...

No, aquello no podía continuar.

Alguien tenía que poner fin a tanta canallada.

Y Trevor sabía que únicamente él podía intentarlo.

Por eso no dejaba de luchar con la tira de cuero, cada vez con más rabia.

Lamentablemente, la tira de cuero no cedía.

Ya tenía las muñecas lastimadas, le dolían, pero aún no había conseguido nada positivo. O le faltaban fuerzas, o aquella maldita tira de cuero era tan resistente que no podía ser vencida por los músculos de un hombre.

Trevor se desesperaba por momentos.

Cuanto más tardase en doblegar la resistencia de la tira de cuero, más turistas serian humillados y martirizados por los falsos demonios.

Tenía el rostro congestionado, a causa del esfuerzo, y le brillaba la frente, perlada de finas gotas de sudor. También tenía el cuello húmedo, por la misma causa.

La rabia que sentía, fruto de su impotencia para librarse de las ligaduras, le hizo restregar los puños contra la gruesa pared donde apoyaba su espalda.

Y fue una suerte que lo hiciera, porque encontró una arista, que le produjo un corte en la mano derecha.

Trevor casi brinca de alegría.

¡La arista también podría cortar la tira de cuero, si la frotaba una y otra vez contra ella!

Sin perder un solo segundo, buscó la arista con sus dedos y la tanteó. Era pequeña, pero dura, así que empezó inmediatamente a friccionar sus ligaduras contra ella.

Había comenzado a hacerlo mientras Yela y Doba montaban y pinchaban a Klaus Wartenberg. Y ahora, cuando le tocaba el tumo de sufrir a Hertha, su tarea iba bastante adelantada.

La arista estaba cortando la tira de cuero. Pronto tendría las manos libres.

Y entonces...

Ahora no había metralletas a la vista. Sólo tridentes.

El intento podía dar resultado, pese a que Lionel Hughton contaba con mucha gente. Pero, como algunos de los falsos demonios eran mujeres, Trevor confiaba en poder dominar la situación.

Especialmente, si conseguía atrapar a Lionel y amenazarlo de muerte. Así lo atraparon a él, amenazando de muerte a Abby Guinness.

Era un método que solía dar muy buenos resultados, así que trataría de devolverles la pelota al falso Satanás y los suyos.

Lionel Hughton, sin sospechar que el chófer estaba a punto de soltarse, indicó:

—Yela, Doba, traed un par de velas encendidas. Las mujeres demonio fueron por ellas.

Hertha Wartenberg tembló en el suelo al oír lo de las velas.

—¿Qué me van a hacer?

—Es sólo un juego —respondió Lionel, con siniestra sonrisa.

—¿Para qué son las velas?

—Forman parte del juego.

—¿Me van a quemar con ellas?

—Depende de ti, Hertha.

La alemana no hizo más preguntas, porque Yela y Doba ya regresaban con el par de velas. Eran negras, largas, gruesas, y tenían ambas una llama importante.

Al fijarse en el calibre de las velas, Hertha se estremeció, y de no ser porque el falso Satanás seguía rozándole los pechos con su tridente, impidiéndole cualquier movimiento, habría brincado del suelo y hubiera echado a correr como loca.

—Sujétale los brazos, Tago —indicó Lionel—, Mafo, tú sujétale las piernas. Los tipos obedecieron, inmovilizando a la germana.

Entonces, Lionel retiró su tridente del pecho de la mujer y dijo: La alemana no dejó oír su voz.

—Pídele a Tago que te bese en la boca, Hertha.

—Yela... —indicó Lionel.

La mujer demonio inclinó la gruesa vela, haciendo caer algunas gotas de cera ardiente sobre el cuerpo desnudo y tembloroso de la germana.

Hertha, naturalmente, chilló y se agitó en el suelo, mientras los falsos demonios reían. Lionel insistió:

—Vamos, no seas tonta y pídele a Tago que te bese en los labios. El lo está deseando, ¿sabes? Hertha no lo hizo, a pesar de las quemaduras que le habían causado las gotas de cera calientes.

—Doba... — indicó Lionel.

La otra mujer demonio inclinó su negra vela y nuevas gotas de cera ardiente cayeron sobre el cuerpo inmovilizado de la germana, arrancándole nuevos chillidos de dolor.

Klaus Wartenberg da los gritos e su mujer, pero nada podía hacer por ella. Seguía exhausto, dolorido, ensangrentado, casi

inconsciente, y ni siquiera podía arrastrarse por el suelo.

Abby Guinness había cerrado los ojos, para no contemplar el martirio que los falsos demonios le estaban aplicando a la pobre Hertha.

Trevor Buckley, por su parte, pugnaba por cortar de una vez la tira de cuero que sujetaba sus manos. La arista de la pared casi había podido ya con ella, pero aún faltaba un poco.

Hertha Wartenberg continuaba estremecida de dolor.

Las primeras gotas de cera ardiente habían caído sobre sus muslos. Las siguientes, sobre su estómago y sobre su vientre.

Y Lionel anunció:

—Las próximas gotas de cera caliente caerán sobre tus hermosos pechos, Hertha. A menos, claro, que te decidas a pedirle a Tago que te bese en la boca. ¿Tan feo te parece que prefieres que te quememos todo el cuerpo...?

La germana se mordió los labios.

No quería pedirle a Tago que la besara, pero...

—Quémale los pechos, Yela —indicó Lionel.

La mujer demonio se disponía ya a inclinar su vela, cuando Hertha gritó:

—¡Béseme, Tago!

Los falsos demonios rompieron a reír.

—¡La has conquistado, Tago! —dijo Lionel.

—¿La beso, gran Satanás...?

-¡Claro!

Tago se inclinó sobre la cabeza de la alemana y le dio un salvaje beso en los labios.

—¡Bravo!.—aplaudió Lionel.

—¿Le doy otro, gran Satanás...?

—Le vas a dar dos más, pero en los pechos. Sólo tienes que esperar, a que ella te lo pida.

¿Hertha...?

La germana, asqueada todavía por el desagradable contacto de los labios de Tago, guardó silencio.

—Parece que prefiere que Yela se los queme a que tú se los beses, Tago —sonrió Lionel—.

Adelante, Yela.

La mujer demonio se dispuso a inclinar la vela.

Hertha cerró apretadamente los ojos, para no ver caer las gotas de cera ardiente, porque no quería pedirle a Tago que le besara los pechos.

Justo en ese momento, Trevor rugió: —¡Basta ya, Hughton!

* * *

Lionel Hughton, con el gesto, indicó a Yela que no dejara caer todavía las gotas de cera caliente sobre los estremecidos senos de Hertha Wartenberg.

Después, echó a andar hacia Trevor Buckley. Lo hizo furioso.

—¿Cómo te atreves, bastardo...? Trevor no respondió.

Como ya esperaba, Tago y Mafo no acompañaron esta vez a su jefe, por estar sujetando los brazos y las piernas de la alemana. Así,

le sería más fácil sorprender y atrapar al falso Satanás.

Trevor había acabado ya de cortar la tira de cuero.

¡Tenía las manos libres!

¡Y unas ganas locas de entrar en acción! Hasta parecía no sentir los golpes recibidos. Sólo pensaba en devolverlos.

Lionel se detuvo delante de él.

—¡Te prohibí que me llamaras Hughton, maldito!

—Es usted un cobarde y un canalla, Hughton —dijo fríamente el chófer, haciendo caso omiso de la prohibición.

Lionel, colérico, quiso abofetearle.

Era lo que Trevor estaba esperando, para saltar sobre él. Y saltó.

CAPITULO XI

Lionel Hughton cayó al suelo, derribado por Trevor Buckley.

Fue una gran sorpresa para todos, falsos demonios y turistas, pues ni siquiera Abby Guinness sabía que el chófer había conseguido soltarse.

Naturalmente, la gente de Hughton reaccionó con rapidez. De manera especial, Tago y Mafo, que soltaron inmediatamente los brazos y las piernas de Hertha Wartenberg, empuñaron sus tridentes, y corrieron en ayuda de su jefe.

Trevor ya contaba con ello, así que actuó también con mucha rapidez.

Lionel no había perdido el tridente en su caída, pero no pudo defenderse con él, porque el chófer le asestó dos tremendos puñetazos y lo dejó atontado.

Acto seguido, Trevor le arrebató el tridente, se irguió de un salto, y se lo puso en el cuello al falso Satanás.

—¡Quietos todos o me lo cargo!

La amenaza hizo efecto y todos los hombres y mujeres disfrazados de demonios se quedaron clavados.

Los más próximos a Trevor, eran Tago y Mafo. Apenas les separaban unos tres metros de él.

—¡Arrojad los tridentes! —ordenó Buckley.

Algunos obedecieron, pero otros vacilaron, como Tago y Mafo.

—¡Haced lo que os digo o liquido a vuestro gran Satanás! —rugió el chófer, que parecía muy decidido a cumplir su amenaza si no era obedecido.

Los que habían vacilado se apresuraron a arrojar sus tridentes.

—Buenos chicos. Digo, buenos demonios —rectificó al instante Trevor, con ironía.

Hertha Wartenberg había erguido el torso tan pronto como Tago y Mafo la soltaron, pero seguía sentada en el suelo. Miraba al chófer del autobús de la «London Travel» con los ojos llenos de esperanza, porque por primera vez veía posibilidades de escapar de aquel Infierno, tan horroroso como lo debía ser el verdadero.

Klaus, su marido, miraba también a Trevor Buckley, igualmente esperanzado. Continuaba desfallecido y lleno de dolores, pero ante la posibilidad de escapar de aquel espantoso lugar, pareció sentirse un poco mejor.

Sylvie y Simone, en cambio, no se habían enterado de nada, porque aún no habían recobrado el conocimiento. Continuaban colgadas del techo, boca abajo, desnudas, ensangrentadas, aunque

sus cuerpos ya no se balanceaban ni siquiera levemente, perdido por completo el impulso que les dieran Tago y Mafo.

El que si se estaba recobrando, era Lionel Hughton. Trevor se dio cuenta y advirtió:

—No intente nada si estima en algo su vida, Hughton.

Lionel no se movió, pero desintegró con sus ojos de loco al chófer.

—¡No me llames Hughton! —ladró.

—Perdón, gran Satanás. Había olvidado por un momento que estoy amenazando al rey de todos los demonios —respondió Buckley, con gesto burlón.

—¡Retira inmediatamente ese tridente! —ordenó Lionel.

—Ni hablar.

—¡Retíralo o lo lamentarás!

—Cuando lo lamentaría sería si lo retirase.

—¡Te perdonaré la vida si dejas de amenazarme!
—¿De veras?
—¡Y a tu novia también!
—Abby no es mi novia.
—¡Pero te gusta, confiésalo!
—Es verdad.
—¡Y hasta creo que la quieres!
—Es posible.
—¡Ella también te quiere a ti, estoy seguro!
—Se lo preguntaré cuando salgamos de esto.
—¡No saldréis jamás, Trevor! ¡Somos muchos!
—Lo sé, pero nadie se atreverá a mover un dedo contra nosotros, porque perderían a su gran Satanás.
—¡Unete a nosotros, Trevor! —pidió Lionel.
—¿Unirme yo a ustedes...?
—¡Vivirás feliz aquí, con tu chica! ¡Tendrás diversión, placer, y todo cuanto puedas desear!
—¿Cómo puedo vivir en el Infierno, no siendo demonio...?
—¡Yo te convertiré en demonio! ¡Y te daré un nuevo nombre!
—¿Cuál?
—¡Loto!
—Loto... —repitió Trevor.
—¿Te gusta?
—No suena mal.
—¡Quedas bautizado desde este momento.
—¿Sin agua bendita?
—¿Cómo?
—Nada, olvídelo.
—¡También convertiré en demonio a Abby!
—¿Y cómo se llamará?
—¡Zala!
—Me gusta, gran Satanás.
—¡Retira el tridente, loto! ¡Ya eres de los nuestros! —Todavía no lo he decidido, así que siga llamándome Trevor.
-¿Qué?
—Vamos a salir de aquí, gran Satanás. Y si nos decidimos a convertimos en demonios, Abby y yo volveremos y nos instalaremos en esta maravilla de Infierno. ¿De acuerdo...?
Lionel volvió a fulminarlo con la mirada.
—¡No podréis escapar, te lo repito!
—Ya veremos.
—¡Os destruiré a todos con mi poder!
—¿Qué poder?
—¡No me obligues a hacer uso de él, Trevor! ¡Puedo

conseguir que ardas como una antorcha, que te conviertas en una estatua de sal, o en un bloque de hielo! —¿En serio...? —fingió asustarse Buckley.

—¡Mi poder es infinito, Trevor! ¡No oses desafiarme o te arrepentirás! El chófer soltó una carcajada.

—Usted no tiene ningún poder, Hughton.

—¡No me llames así, bastardo!

—Se acabó el juego por mi parte, Hughton. Por eso le llamo por su nombre. No es usted Satanás. Ni siquiera un demonio de menor categoría. Es sólo un chiflado que se cree el rey de los infiernos. Y se lo ha hecho creer también a los hombres y mujeres que practicaban con usted el satanismo. Tanto rito satánico los ha vuelto locos a todos y están pidiendo a gritos sendas camisas de fuerza.

Lionel Hughton pareció despedir lava volcánica por los ojos.

—¡Eres un maldito hijo de perra, Trevor!

—Le aconsejo que no se meta con mi madre si quiere seguir con vida, Hughton. Aunque esté como una cabra de loco, no le permito que la insulte, de modo que calladito. Será mejor para usted.

Lionel fue a ladrar algo más, pero Buckley presionó ligeramente con el tridente en su garganta y le quitó las ganas de hablar instantáneamente.

Después, el chófer miró a Hertha Wartenberg.

—¿Puede levantarse, Hertha?

—Sí —respondió la germana, irguiéndose.

—Vístase con rapidez y venga hacia aquí. Y no se preocupe por su esposo. Luego le atenderemos debidamente, lo mismo que a Sylvie y Simone. Lo primero es desatar a los demás. Entre todos dominaremos la situación mejor.

Hertha obedeció.

Y, para mayor tranquilidad, Trevor ordenó:

—¡Quiero ver a todos los falsos demonios tumbados en el suelo, boca abajo y con las manos en la nuca! ¡Vamos, rápido!

CAPITULO XII

La gente de Lionel Hughton obedeció.

Hertha Wartenberg ya se había puesto el pantaloncito y el sujetador.

Las quemaduras de los muslos, el vientre y el estómago, causadas por las gotas de cera ardiente, que todavía permanecían pegadas a su piel, le molestaban terriblemente, pero acabó de vestirse con prontitud.

Después, fue hacia Trevor Buckley.

—Desate a los otros, Hertha —indicó el chófer—. Primero, a los hombres.

—Bien.

La germana soltó a un turista.

Luego, y mientras el hombre desataba a otro turista, Hertha soltó a otro varón. Y así sucesivamente, para acabar antes.

Mientras los turistas se desataban unos a otros, observados por los falsos demonios, que rabiaban en el suelo, impotentes, Trevor preguntó:

—¿Está toda su gente aquí abajo, Hughton?

—¡No! ¡Arriba hay muchos más! ¡Por eso te dije que no podréis escapar, estúpido!

—Creo que miente, Hughton.

—¡No miento!

—Arriba no hay tanta gente como usted dice. Como mucho, habrá un par de hombres vigilando. Y creo que son Luso y Nubo, los que nos abrieron las puertas de este falso Infierno, cuando llegamos. No los he visto por aquí.

—¡Abrirán fuego con sus metralletas y os barrerán a todos!

—Ahora tienen ellos las metralletas, ¿eh?

—¡Así es! ¡Y no dejarán salir a nadie con vida!

—Si disparan, el primero en caer acribillado será usted, Hughton, porque lo llevaremos como escudo —repuso Trevor.

Lionel se calló.

Su desesperación era evidente.

Quería hacer algo, pero no podía moverse, porque el chófer no separaba el tridente de su garganta ni siquiera un centímetro. Si intentaba sorprenderle, se lo clavaría y lo mataría.

Tuvo, por tanto, que resignarse y confiar en Luso y Nubo. Eran los únicos que podían hacer algo, con sus metralletas.

Estaban solos arriba, vigilando la entrada, tal y como adivinara

Trevor. Lo malo, para Hughton y los suyos, era que desde allí no podían enterarse de lo que sucedía en el sótano, porque no oían nada.

Si a uno de ellos no se le ocurría bajar, para ver qué tal iba la diversión, no sabrían lo que estaba pasando. Y no era probable que lo hicieran, porque Hughton tenía ordenado que la entrada del falso Infierno estuviese siempre bien vigilada.

Todos los turistas tenían ya las manos libres.

También Abby Guinness, que se acercó al chófer y preguntó:

—¿Cómo pudiste soltarte, Trevor?

—Soy un tipo fuerte.

—Si nos sacas de esto, sabré agradecértelo.

—Ya puedes ir pensando cómo, porque aquí no nos vamos a quedar. La azafata sonrió.

Y lo hizo de una manera tan especial, que Trevor ya se veía en la cama con ella, besándola y acariciando su cuerpo desnudo, antes de hacerla suya.

El chófer se distrajo un momento, turbado por la prometedora sonrisa de Abby Guinness, y Lionel Hughton se dijo que ahora tenía la posibilidad de sorprenderle.

De un veloz zarpazo apartó el tridente de su garganta.

Al mismo tiempo, sus piernas engatillaban las del chófer y lo hacían caer al suelo.

—¡Cuidado, Trevor...! —chilló Abby, dando un salto hacia atrás.

—¡A él, muchachos! ¡Atacadle! —rugió Lionel, alejándose a gatas de Trevor.

No pudo alejarse ni siquiera un metro, porque Buckley le propinó un terrible golpe en la espalda, con el tridente, y Hughton se desmoronó al instante, dando un grito de dolor.

Tago y Mafo habían sido los primeros en levantarse, y ya empuñaban sus tridentes, dispuestos a atacar al chófer, pero éste se puso en pie de un brinco y colocó las puntas del tridente en la nuca de Lionel, obligándole a pegar la cara al suelo.

—¡Quietos!

Tago, Mafo, y los otros falso demonios que también se habían incorporado y empuñado sus armas se quedaron nuevamente clavados al ver que la vida de su gran Satanás volvía a estar en peligro.

—¡Arrojad los tridentes y echaros de nuevo al suelo! —ordenó Trevor. La gente de Hughton no tuvo más remedio que obedecer.

Trevor esperó a que estuviesen todos tumbados boca abajo, y entonces indicó a los turistas:

—Las mujeres que recojan todos los tridentes y los traigan aquí. Los hombres, que aten bien fuerte a los falsos demonios con las tiras de cuero. Así nos evitaremos nuevas sorpresas.

Los turistas obedecieron. Trevor añadió:

—Hertha, usted ocúpese de su marido. Y tú, Abby, ata a Hughton. No quiero apartar el tridente de su nunca ni un segundo. Me ha sorprendido una vez, pero no se repetirá.

* * *

Lionel Hughton y todos los suyos tenían ya las manos fuertemente atadas a la espalda, pero no por ello Trevor Buckley había dejado de amenazar al falso Satanás con el tridente.

Pensaba que, si aparecían Luso y Nubo, no se atreverían a disparar a veían a su jefe amenazando de muerte. Continuamente, el chófer miraba hacia la escalera por la que se bajaba al falso Infierno, pero hasta el momento los tipos no habían dado señales de vida.

Klaus Wartenberg se había vestido ya, ayudado por su mujer, aunque se hallaba tan maltrecho que apenas podía sostenerse en pie, por lo que se apoyaba en Hertha.

Sylvie y Simone habían sido descolgadas y vestidas por algunas de las turistas. Ya habían recobrado ambas el conocimiento, pero acusaban también el terrible castigo recibido y a duras penas se mantenían en pie.

Era lo mejor, sin embargo, porque ni ellas ni Klaus podían permanecer sentados, con la de heridas que tenían en el trasero. No eran graves, pero sí muy dolorosas, por lo que tardarían varios días en poder sentarse sin sufrimientos.

A pesar de todo, las dos muchachas francesas habían llorado de alegría al ver el giro que había dado la situación, mientras ellas colgaban del techo cabeza abajo, inconscientes. Lo que

menos se esperaban, al despertarse, era descubrir que los falsos demonios habían sido sorprendidos y reducidos por Trevor Buckley, el bravo chófer del autobús.

Sylvie y Simone habían pensado que jamás saldrían de aquel horrible lugar, que seguirían sufriendo humillaciones y torturas hasta encontrar la muerte, lo mismo que el resto de los turistas.

Y así hubiera sido, con toda seguridad, de no haberse soltado Trevor y haber conseguido atrapar al falso rey de los demonios. Ahora, la situación estaba perfectamente controlada.

Faltaba atrapar a Luso y Nabo, claro, pero eran sólo dos hombres y, aunque estuviesen armados con metralletas, Trevor esperaba reducirlos también, con la forzada ayuda de Lionel Hughton, que era algo así como un seguro de vida para todos ellos mientras lo tuviesen en su poder.

Una vez reducidos Luso y Nubo, la policía se haría cargo de Hughton y su pandilla, encerrándolos a todos. Serían juzgados y condenados a bastantes años de cárcel. O quizá se pasasen el resto de sus vidas en un manicomio.

En cualquier caso, Trevor se decía que algunos de los falsos demonios, por no decir todos, se merecían un castigo ejemplar, antes de ser entregados a la policía.

Y decidió dárselo.

Para empezar, eligió a Tago.

—Toma el tridente y continúa amenazando a Hughton, Abby —indicó.

La azafata obedeció, sorprendida.

—¿Qué vas a hacer, Trevor?

—Ajustarle las cuentas a más de uno.

—Pero...

—Tranquila, sé lo que me hago.

Abby Guinness guardó silencio.

Antes de acercarse a Tago, Trevor Buckley dijo:

—No me pierdan de vista la escalera. Si Luso o Nubo aparecen, avísenme en seguida.

La mayoría de los turistas quedaron pendientes de la entrada al

sótano, para advertir al chófer llegado el caso.

Trevor se aproximó a Tago, lo agarró por los cuernos, y le obligó a levantar mucho la cabeza.

—¿Recuerdas lo que te dije en el autobús, cobarde?

—No —murmuró el tipo, visiblemente asustado.

—Entonces, te refrescaré la memoria. Te dije que ya te pillaría sin la metralleta. Y sin la metralleta te he pillado.

Tago no respondió, limitándose a tragar saliva con dificultad.

—En el autobús me golpeaste, aun sabiendo que no podía defenderme. Y voy a cobrarme esos golpes, gusano. Podría golpearte así, con las manos atadas a la espalda, pero como no soy tan cobarde como tú, te voy a soltar antes de empezar a sacudirte. Tendrás oportunidad de defenderte, aunque no te servirá de nada, porque te voy a destrozar la cara de todas formas.

Dicho esto, Trevor desató las manos del tipo y se apartó un metro de él.

—¡En pie, rata cobarde!

CAPITULO XIII

Tago se irguió, con una leve sonrisa en los labios.

No esperaba que el chófer le diera la oportunidad de pelear en igualdad de condiciones. Y, aunque ya había visto que Trevor Buckley sabía defenderse, confiaba en derrotarle.

Le atacó, con furia, pero Trevor burló hábilmente el puñetazo y respondió con un trallazo al rostro del falso demonio, derribándolo de forma espectacular.

—¡Arriba, Tago! ¡La pelea no ha hecho más que empezar! —recordó el chófer, burlón.

El tipo masculló algo y se incorporó, rabioso, atacando de nuevo a Trevor, quien esquivó otra vez su puño y le hundió la zurda en el hígado.

Tago bramó de dolor y se dobló, pero Trevor lo enderezó en seguida con un buen gancho de derecha. Volvió a clavarle el puño izquierdo, ahora en la boca del estómago, y luego le cerró la otra boca, la de la cara, con otro magnífico derechazo.

El falso demonio cayó al suelo y ya no pudo levantarse.

—¿Qué te ocurre, Tago...? ¿No tienes fuerzas para ponerte en pie, pedazos de cobarde? — preguntó Trevor.

El tipo no respondió. Trevor miró a los turistas.

—¿Hay alguien que quiera ayudar a Tago a levantarse...?

—¡Yo! —respondió al instante Sylvie, que pareció recobrar las fuerzas en ese momento, pues recogió un tridente del suelo y lo apretó con rabia.

—Adelante, preciosa —sonrió el chófer.

La francesa empezó a pincharle el trasero a Tago con el tridente, vengándose asi de él.

—¡Toma, hijo de perra, toma!

El tipo aullaba como un coyote, mientras se agarraba las posaderas. Trevor miró

a la otra francesa.

—¿Tú no quieres decirle nada a Mafo, Simone...?

—¡Desde luego! —respondió la morena, cogiendo otro tridente. Mafo tembló en el suelo.

—¡No! —suplicó.

Pero no sirvió de nada.

Simone empezó a pincharle las nalgas con ganas.

—¡Esto por ayudarme a ganar la carrera, canalla!

Mafo aullaba tan fuerte como Tago. -

Los dos se retorcían de dolor en el suelo.

El resto de los falsos demonios contemplaban la escena, estremecidos, pues temían seguir la misma suerte que Tago y Mafo.

Trevor los miró a todos.

—Parece que ahora no reís, ¿eh?

Nadie respondió.

Trevor se volvió hacia las francesas.

—Basta ya, chicas. Tago y Mafo han recibido su merecido.

Sylvie y Simone dejaron de pincharles el trasero y arrojaron tos tridentes, satisfechas de haberles podido pagar con las misma moneda.

Trevor buscó con la mirada a Yela y Doba, las dos mujeres demonio que martirizaran y humillaran a Klaus Wartenberg, antes de quemar a Hertha con las gotas de cera calientes.

—Vosotras dos, poneos en pie —ordenó, caminando ya hacia ellas. Yela y Doba obedecieron, terriblemente asustadas.

Trevor las desató e indicó:

—Quitaros vuestros disfraces.

—¿Para qué? —preguntó Yela, con voz trémula.

—No hagáis preguntas y obedeced.

—Es que no llevamos nada debajo... —murmuró Doba.

—Ya lo sé.

Las dos mujeres se despojaron de sus disfraces de demonio y quedaron completamente desnudas. Entonces, Trevor se volvió hacia los Wartenberg y preguntó:

—¿Qué le gustaría hacer con ellas, Klaus...? ¿Y a usted, Hertha...?

—Si no tuviera el trasero lleno de heridas, las montaría y las obligaría a pasearme por todo el sótano, dando relinchos, mientras mi esposa les pinchaba el trasero con un tridente —rezongó Klaus.

—Yo les echaría unas cuantas gotas de cera ardiente, para que supieran lo que duele cuando tocan la piel y se pegan a ellas, abrasándola —dijo Hertha.

—Bien, creo que lo podemos solucionar —habló de nuevo Trevor, encarándose otra vez con Yela y Doba—. Poneos a cuatro patas, preciosas.

Las mujeres obedecieron.

—Vosotros dos, levantaos y montadlas —ordenó el chófer al par de falsos demonios que tenia más cerca.

Los tipos se irguieron con dificultad, por tener las manos atadas a la espalda, y montaron a sus compañeras, que casi se desmoronan al sentirlos sobre sus desnudos lomos.

—Ahora, preciosas, paseadlos por todo el sótano, sin dejar de relinchar como si fuerais un par de yeguas. Y por cada caída que tengáis, recibiréis un pinchazo de tridente y varias gotas de cera caliente, así que procurad resistir —aconsejó Trevor—, ¡Vamos, echad a andar!

Yela y Doba empezaron a caminar, dando relinchos.

Apenas podían con el peso de los compañeros que las montaban, pero ante la amenaza de los pinchazos y las quemaduras, resistieron y no se desplomaron.

El cansancio, sin embargo, hizo mella en ellas y empezaron a sufrir caídas. Cuando ya se habían caído cuatro veces cada una, Trevor indicó:

—El paseo ha terminado. Vosotros dos, echaros de nuevo en el suelo. Los tipos obedecieron.

Yela y Doba se habían desplomado, la última vez, bastante cerca de los Wartenberg. Resollaban como bestias de carga y tenían el cuerpo bañado de sudor.

—Se han caído cuatro veces —dijo Trevor, mirando a Klaus y Hertha. El germano pidió un tridente.

Se lo dieron, y con él pinchó cuatro veces las nalgas de Yela y otras cuatro las de Doba, haciendo brotar la sangre, mientras las perversas mujeres aullaban de dolor.

Después, Hertha pidió una vela encendida.

Cuando la tuvo en sus manos, la inclinó sobre el cuerpo desnudo de Yela y dejó caer varias gotas de cera ardiente sobre sus muslos, sobre sus espalda, y sobre su vientre.

Yela chilló y se retorció de dolor.

Luego, la germana hizo lo propio con Doba, vengándose así de ambas.

—Bien, nos queda Lionel Hughton, el responsable de todas las humillaciones y todas las torturas —dijo Trevor, mirando al falso Satanás—. ¿Quién quiere encargarse de él?

—¡Nosotras! —respondió Sylvie.

—¡Y nosotros os ayudaremos! —dijo Hertha.

—Adelante —indicó Trevor.

Las francesas despojaron de la capa a Hughton y empezaron a pincharle las posaderas con un par de tridentes, siendo rápidamente imitadas por Klaus y Hertha.

Los alaridos del falso Satanás resonaron en el sótano. Antes de que se desmayara de dolor, Trevor dijo:

—Ya es suficiente.

Sylvie, Simone y los Wartenberg interrumpieron el castigo, muy satisfechos los cuatro de haberle podido dar personalmente su merecido al jefe de los falsos demonios.

* * *

Luso y Nubo, los tipos que vigilaban la entrada del falso Infierno, no realizaban su tarea de muy buena gana.

—No es justo, Nubo —mascculló Luso.

-¿El qué?

—Que tengamos que permanecer aquí, mientras los demás se están divirtiendo con los del autobús.

—Tienes razón — rezongó Nubo—. Pero Satanás lo ordenó, y tenemos que obedecer.

—¿Por qué no le pedimos que nos releve?

—Se pondría furioso.

—Llevamos ya mucho rato aquí. Bien está que continúen la vigilancia otros, y nosotros nos divirtamos un poco.

—Opino como tú, pero me temo que Satanás no querrá relevamos. Yo, desde luego, no me atrevo a bajar y pedírselo.

—Pues yo sí —dijo Luso, y echó a andar decididamente hacia la escalera por la que se bajaba al sótano, con la metralleta en las manos.

Justo en el momento en que la alcanzaba, la gruesa puerta se

abría y Lionel Hughton se dejaba ver, sujetado y amenazado por Trevor Buckley con su propio tridente.

La sorpresa dejó paralizado a Luso. Antes de que reaccionara, el chófer dijo:

—Deja en el suelo esa metralleta, Luso, o le atravieso el cuello al gran Satanás. El tipo no se hizo repetir la orden.

—Date la vuelta, vamos. Luso obedeció.

Trevor le hizo una muda indicación a Abby Guinness: La azafata empuñaba un tridente.

Y con él le atizó al falso demonio. En toda la testa.

Luso emitió un ronco gemido y se desmoronó. Abby recogió la metralleta y se la entregó a Trevor. Después, fueron en busca de Nubo.

Este, cuando los vio aparecer, se quedó de muestra.

—Gran Satanás... —murmuró, con ojos dilatados. Lionel Hughton no dijo nada.

Los pinchazos en el trasero le habían quitado las ganas de hablar y de amenazar en vano a Trevor Buckley.

El chófer, que ahora amenazaba al falso rey de los demonios con la metralleta, ordenó a Nubo que arrojara la suya.

El

tipo

lo

hizo.

Luego, Trevor le ordenó que se diera la vuelta y Abby se encargó de dejarlo sin sentido, arreándole duro y en la cabeza con su tridente.

EPILOGO

El autobús de la «London Travel» circulaba de nuevo por la carretera. Pero, esta vez, en dirección a Londres y con mucha más gente instalada en él.

Sí, porque además de las dos docenas de turistas, iban Lionel Hughton y los suyos, tirados en el suelo como fardos, amontonados, casi unos encima de otros.

Yela y Doba ludan de nuevo sus disfraces de demonio y volvían a tener las manos atadas a la espalda, como Tago, Luso y Nubo también habían sido atados, poco después de que Abby Guinness los dejara inconscientes de sendos golpes de tridente.

Los turistas cantaban de alegría.

Incluso Sylvie, Simone y los Wartenberg, a pesar de sus dolores.

Era maravilloso verse libres, lejos del falso Infierno, en el que hubieran perdido todos la vida, de no ser por el valeroso chófer del autobús.

Por eso, de vez en cuando, se escuchaba un «¡Viva el conductor!», que era inmediatamente coreado por el resto de los turistas y por Abby Guinness.

La azafata también lanzó un par de vivas al conductor, al que miraba con ojos amorosos, radiante, feliz.

Trevor reía cada vez que recibía un «¡Viva el conductor!» y miraba también a la azafata, con la que deseaba estar a solas lo antes posible, para ver si era cierto lo que leía en sus preciosos ojos.

Aún tardó en estarlo, porque en el Departamento de Policía los retuvieron a todos bastante tiempo. Trevor, Abby y los turistas prestaron declaración, informando a la policía de todo lo sucedido.

Sylvie, Simone y los Wartenberg fueron atendidos debidamente, lo mismo que Lionel Hughton, Tago, Mafo, Yela y Doba, aunque éstos no se lo mereciesen.

Por fin, Trevor pudo hablar a solas con Abby. Fue en el apartamento de ella.

El chófer la tomó por la cintura y preguntó:

—¿Has decidido ya cómo vas a agradecerme el que te sacara del falso Infierno...? La azafata le puso las manos en los hombros y se pegó suavemente a él.

—¿Sigues deseando hacer el amor conmigo, Trevor?

—Más que con ninguna otra mujer.

—Entonces, bésame y luego llévame a la cama.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Que eso se repita más veces.

—¿Cuántas?

—Hasta que nos hagamos viejos, porque te quiero y deseo que seas mi mujer, Abby.

—Acepto, porque yo también te quiero, Trevor —confesó la azafata, y le besó con pasión. El chófer la abrazó con fuerza y le devolvió el beso. Minutos después, hacían el amor.

Era el momento de gozar.

Los horrores del falso Infierno, habían quedado atrás.

F

I

N

PUNTO ROJO

intriga...

PUNTO ROJO

misterio...

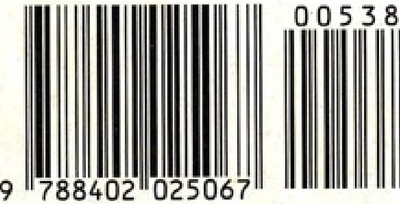
ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España